

UNIDAD

POR LA DEFENSA DE LA CULTURA

ORGANO DE LA AGRUPACION DE INTELLECTUALES, ARTISTAS, PERIODISTAS Y ESCRITORES (MAPE)

Aunque los manifiestos dados a publicidad en varias oportunidades y con diversos motivos, así como la acción que llevamos desarrollada, definen con claridad nuestra posición frente a los problemas capitales que plantea esta hora sombría y de esperanza, la A I A P E no considera inoportuna una rápida declaración de principios en este primer número de UNIDAD, su órgano oficial.

Proclamamos, ante todo, la necesidad de la unidad de acción de todos los intelectuales y su agrupación alrededor de una bandera, la de la defensa de la cultura frente al peligro máximo que amenaza al mundo: el fascismo.

El fascismo no es sólo la expresión absoluta de la dictadura de una clase resuelta a aplastar a las grandes masas de trabajadores para explotarlos inicua-mente en su exclusivo beneficio. El fascismo es, también, enemigo de la inteligencia. En los desventurados países que sufren bajo su régimen sombrío, la cultura ha sido arrasada sin miramientos y sólo subsisten el pensamiento, la técnica y la ciencia en función de su servidumbre al despotismo, a la humillación del hombre y a la guerra. No es otro el panorama que Italia y Alemania, Austria y Polonia ofrecen a la indignación de los mejores. Un paréntesis medioeval de retroceso se ha abierto en la evolución de esos pueblos cuya contribución al florecimiento de la civilización fué tan considerable.

Cruenta resurrección de las épocas más oscuras de la historia, la obra nefasta del fascismo se manifiesta tanto en la abolición de las libertades fundamentales como en la afrenta sistemática de la dignidad humana y el aniquilamiento de la cultura y las conquistas sociales de la civilización.

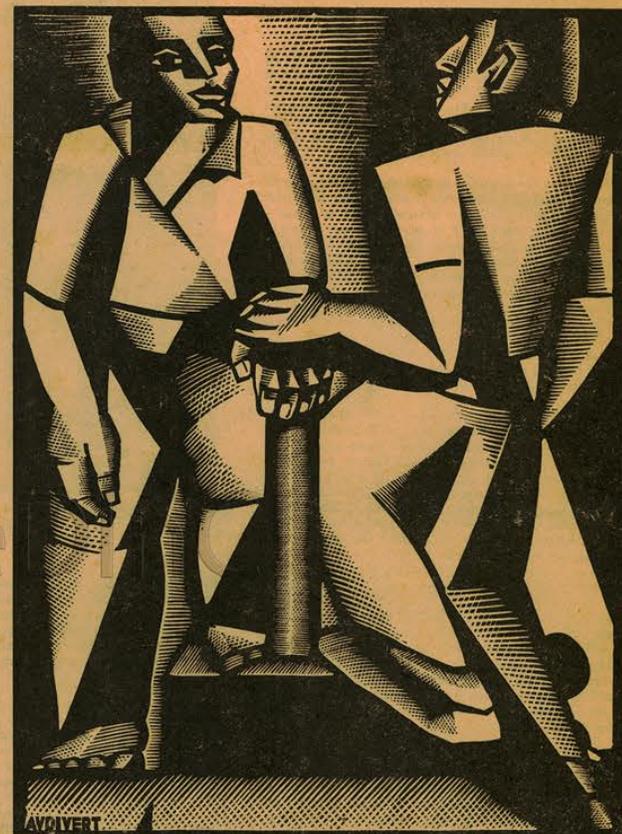
¿Qué subsiste en Italia y Alemania de ese noble acervo de ideas y de sentimientos acumulados por el hombre en milenios de luchas y victorias sobre los instintos primarios y la barbarie elemental? El hacha resurrecta del verdugo alemán y el reglamentario puñal al cinto del maestro italiano de primeras letras son los símbolos categóricos de un sistema que ha dado cuenta de todo sentimiento de piedad y solidaridad humanas, de toda idea de respeto mutuo entre los hombres. Los dictámenes brutales de la fuerza se han erigido en ley suprema sobre los derechos, hasta ayer teóricamente sagrados, de la razón. El odio y menosprecio de las razas han sustituido a la idea de la fraternidad universal y las garantías del derecho común han caído pulverizadas bajo la ley caótica de la horda. Han vuelto a encenderse en las plazas públicas las hogueras de libros que permanecían apagadas desde la época de los señores de horca y cuchilla y sobre el hombro de los sabios, de los pensadores, de los maestros, de los artistas, se ha descargado el empujón brutal del puño policial empujándolos al campo de concentración, a la celda de las torturas o, en los casos más felices, al desamparo del destierro. Cláusulas legales han proporcionado cínica acogida a la vejez y a la tortura instituyéndolas métodos de Estado.

Un periodismo nulo y servil, un teatro crepuscular, una pintura melancólica y mercenaria, una literatura decadente sin nervio ni gravitación alguna, una ciencia envilecida en el servicio de la destrucción y de la muerte y una industria del papel impreso definitivamente quebrantada, constituyen el saldo inevitable del régimen fascista en el sector de la cultura. La obra de su arrasamiento se ha cumplido con implacable método en los países en que tal régimen domina. No en balde uno de sus copleros ha exclamado: «Cuando oigo la palabra cultura le saco el seguro a mi revólver».

Tal es, en sucinta enumeración, lo que el fascismo ha proporcionado al mundo en el campo de las actividades que nos atañen a los intelectuales, tal es además, lo que el mundo puede esperar del fascismo. El fascismo es, pues, nuestro enemigo, el enemigo de nuestra razón de ser: el pensamiento, la ciencia, el arte, la literatura.

Pero el fascismo, es sabido, no es un fenómeno exclusivamente europeo sino mundial. Allí donde disminuye la gravitación política de las clases dominantes y decrece su gravitación sobre las grandes masas populares, aparece el fascismo propiamente dicho u otras manifestaciones políticas fascizantes. Nuestro país no ha escapado a esta consecuencia del quebranto económico del mundo. El fascismo amenaza ya nuestras libertades. Más aún. El proceso creciente de las pérdidas de las libertades ha comenzado a producirse. No es indispensable aludir para demostrarlo, a las constantes violaciones del derecho de que es posible acusar a los encargados, justamente, de hacer cumplir las leyes, al allanamiento de las autonomías provinciales, a la burla de la opinión pública en el fraude electoral amparado y estimulado, a la inexistencia práctica de los derechos de reunión, de prensa y de palabra para los sectores adversos a la minoría dominante, a las garantías excepcionales y el beneplácito de que gozan las organizaciones militarizadas. ¿No son estos hechos significativos pasos en el sentido de la fascistización del país? La Universidad está en manos de la reacción, el camino de las cátedras y hasta el de los estudios cerrado o seriamente obstaculizado a quienes no profesan ideas gratas a los pequeños sectores de privilegiados o no pertenecen a sus círculos, cerradas están las columnas de los grandes diarios y las tribunas de conferencias a los escritores que han ocupado puestos en las filas de los que luchan por las libertades y contra los privilegios y la administración de las instituciones de arte, museos, escuelas, institutos de perfeccionamiento, en manos también de la misma minoría, no abre sus puertas, tampoco, a los artistas sospechados de ideas antirreaccionarias o ajenos a los sectores pudientes. La justicia de clase que impera en los estrados es criterio de clase implacable y excluyente en los salones de arte, en la universidad, en los grandes órganos periodísticos.

¿Qué hacer frente a esta realidad actual y frente a la realidad de la amenaza más



UNIDAD

Grabado de Pompeyo Audvert

sombria todavía de una posible dictadura fascista desmembrada? ¿Cruzarnos de brazos? ¿Permanecer indiferentes a la espera de los acontecimientos? ¿Dejar, sin levantar el puño, que la reacción se adueñe del país y arrase las libertades y la cultura?

La A I A P E, la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, organización al margen de todos los partidos políticos, se ha constituido, precisamente, ante esta amenazante precipitación de acontecimientos significativos, con el propósito de oponer un dique a la reacción en el sector de nuestras actividades. Una amenaza gravita sobre nuestra cultura naciente. Queremos defenderla. Un peligro se cieme sobre las libertades del país. Queremos detenerlo. Llamamos, por eso, a apretar filas alrededor de nuestra organización a todos los artistas, escritores, periodistas, profesionales e intelectuales. Ante esta sombría hora del mundo permanecer ajenos a la lucha en que se juega el destino de la sociedad es traicionar una obligación indelegable de solidaridad humana. El hecho de ser artistas, escritores o profesionales no nos libera de nuestras obligaciones de hombres y de ciudadanos. Contribuir a evitar a la República la desventura de la pérdida de sus libertades bajo la humillación de una dictadura fascista, es un deber impostergable. Invocando ese deber salimos a la calle y llamamos a engrosar nuestra columna a todos los hombres dignos que quieren participar de nuestra acción en defensa de las garantías fundamentales y de la cultura.

Enero de 1936
Año I • Número 1
Moreno 1139
Buenos Aires

Colaboran en este número: Ponce - Gerchunof - Portogalo - Schmerkin - Margueritte - Barboza Mello - Yunque - Tuntar - Guillot Muñoz - Nydia Lamarque - Agosti - Córdova Iturburu - Gonzalez Tuñón - Justo - Reissig - Alfredo Varela - Luis Fernandez - Ilustraciones y viñetas de Audvert - Urruchúa - Castagnino - Clement Moreau - Facio Hebéquer - Berni - Spilimbergo - Batle Planas y Planas Casas.

20
cts

Romain Rolland o la agonía de una obstinada ilusión

Discípulo de Renan, formado en su escuela y en su hogar, Romain Rolland aprendió desde temprano el culto del espíritu y el desdén por el tumulto de las opiniones (1).

Ya estaba predisposto, en cierto modo, por la iniciación musical de su niñez, que una madre cuidadosa le reveló junto al piano. La música procura, en efecto, infinitamente mejor que cualquier otro lenguaje, esa impresión de lejanía, esa victoria sobre la estrechez de la ciudad, esa comunión inexprésable con las fuerzas superiores que nos deprimen o nos exaltan.

Pero estaba predisposto también, por las largas lecturas de un viejo libro que pasaba en revista a las mujeres de Shakespeare, galería prodigiosa en que desfilaban como en un sueño, Rosalinda y Julieta, Miranda y Titania; todo ese mundo de la adolescencia, en fin, que Shakespeare ha abordado siempre con una delicadeza de confidente.

Cuando llegó la hora de descubrir el pensamiento, Spinoza le dió para colmo los gozes áspetros de la meditación, desde su mirador tan distante de las cosas terrenas.

Corrientes distintas lo conducían a lo mismo, y ya era de la hermandad de Ariel cuando se acercó a golpear a la puerta de Renan. El viejo mago estaba en el esplendor de su ancianidad gloriosa: cada vez más descreído y cada vez más seductor; y tan cómodamente arrellanado en su ironía bondadosa que el drama de los hombres sólo era para él una ilusión permanentemente renovada.

Rolland no compartía ese total desprendimiento, pero ha expresado muy bien a través de la pálida figura de Olivier —que tanto se le parece por la sensibilidad y la pureza— lo que era por entonces, y lo que siguió siendo durante muchos años, su ideal y su fe. Cuando Juan Cristóbal le pregunta, con su áspeta franqueza: «Pero ¿es que no puedes odiar?», Olivier le responde: «Odio al odio». Detesto luchar contra personas que desprecio. No como parte del ejército del poder, perteneczo al ejército del espíritu (2) El ejército del espíritu! He ahí su sitio; el sitio de todos los hombres libres. Nada de conflictos de patria, de religiones o de razas, las élites (3) deben fraternizar más allá de las fronteras y contribuir con su palabra al advenimiento del espíritu.

El espíritu en Rolland no desdena la acción, ni aplaude ese derecho a la ironía cauta que el astuto Próspero se había reservado en el «Caliban» de Renan frente a la victoria momentánea de su antiguo esclavo. Cuando en su obra Liluli, escarnece la risa de Polichinela, Romain Rolland lo hace porque esa risa sólo conduce a evitar la acción. «Sabes reír —le dice la Verdad de Polichinela—, sabes foliarte pero ocultando tu risa, como un colegial que se tapa la boca. Eres precavido como tus abuelos los grandes Polichinelas, como los maestros de la ironía libre y de la risa. Como en Erasmo y Voltaire, tu boca está cerrada sobre tu sonrisa.» (4).

Rolland anhela un espíritu heroico que no se atemorice como Polichinela con el bastón, pero un espíritu que aún en el tormento no sepa pronunciar un sólo grito de guerra. Más cerca de Erasmo que lo que él mismo creía, Rolland aspiraba también a reunir en una élite a un puñado de espíritus intrépidos que sepan luchar si es necesario, pero con las armas del espíritu: las únicas armas que no las mueve la violencia. (5).

Era, en el fondo, la defensa del hombre abstracto que el humanismo había creado; la defensa de un hombre liberado de las contingencias de la vida práctica y social (6); un hombre, en el mejor de los casos, que si descendía a veces a la lucha y devolvía golpe por golpe —como Juan Cristóbal y Olivier— no por eso suspiraba menos por desprenderse cuanto antes de la «feria en la plaza», —regresar enseguida a su reino del aire: Mein Reich ist in der Luft (7).

No se trataba, para emplear sus palabras, de «la fétida indiferencia»; pero era sí la afirmación terminante de la supremacía del hombre que piensa sobre el hombre que vive; el desdén por la lucha y por la acción; la soberbia de la élite intelectual con su certidumbre orgullosa de que fuera de ella no hay en el mundo más que agitación sin importancia. Egoístas élites que por conservar menegados privilegios continúan defendiendo un Espíritu y una Libertad en abstracto que la realidad sin cesar se les desmiente; candorosas élites cuyos sueños absurdos son fomentados por los mismos que de ellos benefician; porque son esas construcciones del «arte puro» y de la «inteligencia pura» las que desvían los ojos de la única escena en que se desarrolla de veras el drama de la historia. Las clases gobernantes estimulan con maña a esos artistas que son como niños; a esos sabios que son como Juan de la Luna. Y los prefiere, y los cuida, y los carga de honores; hasta que llega el día en que por una palabra imprudente, o por un descubrimiento inesperado, los arroja de los privilegios y los cargos.

Cuenta en sus Memorias, el escritor portugués Raúl Brandao, esta historia magistral que bien merecería un largo comentario; pero que en la imposibilidad de hacerlo en este instante entrego a la meditación de los artistas puros, de los artistas solitarios y de esos —sobre todo— nobles apóstoles de la «nueva educación» —candorosos varones que ya debieran tener un buen allas: «El señor Junqueiro y yo paseáramos un día, de aquí para allá, por el jardín de la Villa do Conde» —y el señor Junqueiro predicaba la piedad y el amor. Unos chiquillos estaban por allí jugando a la pelota,

y yo y el señor Junqueiro paseáramos de aquí para allá. El señor Junqueiro predicaba la piedad y el amor, cuando en eso la pelota cayó sobre la cabeza del señor Junqueiro, quien levantó el bastón y dió con él al chiquillo. . . . Y nosotros continuamos paseando de aquí para allá, y el señor Junqueiro predicando la piedad y el amor» (8).

En la vida o en los días así ocurre también con esos niños grandes y esos niños pequeños y los sabios. La burras tantas veces le conviene. En los mismos los sospechen, les las palabras; pero descargan.



ROMAIN ROLLAND Xilografía de Audivert

sobre ellos su bastón tan pronto cae una pelota sobre la cabeza de la burguesía. Atolondrados, entonces, se preguntan «¿por qué?», y en ese poco puede verse mejor que en parte alguna la profunda ignorancia de los problemas sociales que tantos siglos de vivir entre las nubes han traído al desdichado Ariel, la ceguera como castigo y la vanidad como mancha.

En ningún otro escritor contemporáneo puede seguirse mejor que en Romain Rolland ese largo proceso que él mismo ha llamado la agonía de «una obstinada ilusión» (9); doloroso proceso que se inicia en el instante mismo en que el intelectual descubre que sus pretensiones de independencia está condicionada por ocultas potencias que la dirigen, y que continúa a través de saltos, retrocesos, esclusas, codos bruscos, hasta el momento en que surge el resplandor que le da fin. Desde sus Vidas de Hombres Ilustres hasta el Teatro del Pueblo, desde Juan Cristóbal hasta Por encimado tumulto, Romain Rolland es el testimonio vivo, heroico, desgarrador, de esa tenaz ilusión de un Espíritu que se basta a sí mismo, de una inteligencia que se cierne por arriba de las cosas.

Frente al mundo y a la vida, él no defendía, es verdad, la mirada fría del Buda inmóvil, pero sostenía con una constancia tozuda los derechos indeclinables del intelectual a llevar con orgullo la túnica de gasas. La guerra primero, la revolución rusa después, lo lanzaron en el hervor de la vida, en el torbellino del drama sangriento. Basta recorrer los centenares de artículos, mensajes, polémicas, que brotaron entonces de su pluma, para comprender hasta donde sus dos libros recientes Quince años de combate y Por la revolución a la paz (10) son el diario doloroso de un espíritu honrado que se vá arrancando a girones de la carne viva del alma, los prejuicios, las mentiras, las ilusiones, depositadas en largos años de educación burguesa (11). Día a día nos va mostrando en ellos cómo la guerra y la revolución fueron para él —y con él, para un puñado de intelectuales honrados— una escuela primaria de educación política. Escuela primaria, en efecto, porque todo lo tenían que aprender.

Duros años de aprendizaje los de este alumno que ya había doblado el medio siglo, y que se debatía angustiosamente entre un mundo naciente que le refrescaba el alma y otro mundo senil que todavía lo tenía aprisionado. «Los intelectuales —ha dicho— se forman inmobilizados por una ideología que es más o menos rica y matizada, pero que surge siempre de las entrañas del espíritu como brota del verde el hilo de la araña, y mucho menos adecuada que

este hilo para prenderse en las aristas de las cosas» (12). Desde el instante en que la guerra lo lanza a defender entre las nubes una Ciudad del Espíritu que él creía amenazada, hasta el día de hoy en que marcha orgulloso junto a las filas de la revolución proletaria, Romain Rolland ha cambiado desde la base a la cumbre su concepción del mundo y de la vida, y ha restituido a la Inteligencia y al Espíritu el único clima que le es propicio. Es lo que ha resumido en esta página de sus Quince años de combate; honrada como una confesión, valiente y dramática, como todo lo suyo: «El autor —dice— aprendió a sus expensas que la libertad de espíritu de que tanto se ufanan los escritores de la democracia, estaba tan lejos de los hechos como todos los otros Derechos del Hombre que la revolución burguesa había patentado. Poco le costó denunciar el engaño de esa ideología bajo la cual se enmascara el despotismo peor. Pero mucho le costó, en cambio, arrancar de sí mismo esas abstracciones a la sombra de las cuales los abusos se ejercen. Durante años se obstinó en defender la libertad abstracta del espíritu sin comprender que para que esa fantasma adquiere un cuerpo, era necesario conquistarla primero y prepararle después, el terreno en el cual la idea —planta echaría raíces. El no había dejado de presentirlo, porque desde los comienzos se había puesto al lado de la Revolución que tomaba por asalto y trabajaba rudamente la vasta tierra. Pero aún así persistía en reivindicar para el sírbo —libertad el derecho a no depender de esa misma tierra arada— (es decir, a permanecer con las raíces en el aire) Es terriblemente difícil para un intelectual renunciar a sus tesoros imaginarios: mucho más fácil le sería sacrificar con la vida, los muy pocos tesoros reales que posee. ¡Pero sus ideales! Le parecería que al perderlos, perdería también sus razones de existir. En su terquedad al defenderlos, no comprende que lo que protege contra su pecho, no son ideas, sino palabras sin substancia, cáscaras vacías.

«Es la historia de esa ilusión obstinada lo que voy a contar y después las primeras dudas que abrieron una brecha, y después el descubrimiento de que en la cesta no había nada más que cáscaras vacías. Pero al rechazarlas indignado, para ponerme a la búsqueda de ideas vivientes, me fué dado encontrarlas bajo la corteza de ese mundo nuevo, cuyo aspecto rugoso no nos inspiraba confianza. Y comprendí entonces que esa misma dureza era necesaria para protegerlas.» (13).

Siglos de educación burguesa impedían precisamente el descubrimiento de esa verdad tan limpia, y es comprensible el desconcierto trágico de Ariel al saber que en la historia de nuestros días no ha sido precisamente Caliban el que ha arrojado a la hoguera la biblioteca de Próspero. Mucho tiempo le ha sido necesario para alcanzar que la túnica de gasas no era su gloria sino su falta; el mismo tiempo que ha sido menester para ir creando en las entrañas de esa misma sociedad burguesa, las premisas objetivas del humanismo proletario.

Venturoso humanismo que en la primera patria que lo vio nacer, ya está dando a las ciudades el nombre de sus grandes escritores y cuyos triunfos recientes en ese mismo reino del Espíritu, que se decía inaccesible para él, son los que han decidido a nuestro noble Ariel a echarse a volar sobre la vasta tierra con las alas de fuego de la Revolución.

A n i b a l P o n c e

(1).— ZWEIG, Romain Rolland, págs. 33, traducción Cohn, edición «Idem», Buenos Aires, 1935. «En los años de aprendizaje, se convirtió Renan en su guía, en una hora en que Rolland visitó decididamente al gran sabio». En igual sentido, págs. 107. El mismo ROLLAND lo reconoce así en *Quince años de combate*, págs. 223: «Este sueño juvenil de una élite de bur gueses intelectuales, desvinculada con las leyes vivas de la humanidad en marcha, lo hemos conocido por nosotros mismos; lo hemos aprendido, cuando niños, de los labios de los viejos Renan que predicaban sin mucha fe el reino futuro de oligarquías intelectuales con un buen tirano filósofo en la cumbre de su pirámide.»
 (2).— ZWEIG, págs. 162.
 (3).— ZWEIG, págs. 61.
 (4).— ROLLAND, Liluli, págs. 86, editor Ollendorf, París, 1919, tercera edición.
 (5).— Recordar que Erasmo amaba al cristianismo primitivo porque con batalla solamente en el orden espiritual, «el único que vale a los ojos de Dios». QUONIAM, Erasmo, págs. 149.
 (6).— ROLLAND, *Quince años de combate*, págs. V, editor Riedel, París, 1935, novena edición.
 (7).— *Idem*, págs. VI.
 (8).— Citado por Eugenio D'ORS, *Los diálogos de la pasión meditabunda*, págs. 145-146, editor Raggjo, Madrid, 1923.
 (9).— ROMAIN ROLLAND, *Quince años de combate*, págs. VII.
 (10).— Promete para en breve su *Diario de los años de la guerra*.
 (11).— ROLLAND, *Par la revolution, la paix*, págs. 126, Editions Sociales Internationales, París, 1935. «Cada uno de nosotros debe hacer su examen de conciencia. En cuanto a mí, lo digo francamente no ha sido sino poco a poco, en el curso de la guerra, que el velo se ha desgarrado y que he debido reconocer la suma enorme de errores, prejuicios y mentiras acumuladas en mí por la educación, como en todos mis contemporáneos.»
 (12).— ROMAIN ROLLAND, *Par la revolution, la paix*, págs. 7.
 (13).— ROLLAND, *Quince años de combate*.

LOS DIAS • LOS HECHOS • LOS HOMBRES

Quince estudiantes a la calle

Resear los hechos, por rápidamente que se lo haga, es desnudar el sentido verdadero del conflicto. Las autoridades de la Escuela de Artes Decorativas, después de serosas meditaciones, resuelven modificar el plan de estudios. El principio que parece haberlos inspirado es —el famoso principio proclamado en la Facultad de Derecho de que la enseñanza superior debe impartirse, exclusivamente, a los hijos de las llamadas clases dirigentes. El plan de estudios proyectado, en efecto, impide la asistencia a las clases a los estudiantes que deben distribuir su día entre sus estudios y el trabajo que subviene a sus necesidades. Es un plan de estudios en una palabra, para hijos de familias pudientes. Frente a este hecho, que les cierra el camino de su vocación, los estudiantes, organizados, protestan. «¿Qué hacen las autoridades? ¿Escuchanlos? No. Recurren a la policía.

«Hay allí — afirma la policía — varios extremistas. Debe expulsarlos».

La Dirección Nacional de Bellas Artes no titubea. Adopta el consejo sobre tablas y expulsa a los estudiantes cuya lista le proporciona la misma policía. Pero la policía, como le suele ocurrir con harta frecuencia, se equivoca. Entre la lista que facilita figuran los nombres de personas que no son estudiantes ni han estado jamás en la Escuela de Artes Decorativas. A la Dirección Nacional eso no le interesa. Los expulsa lo mismo. Esta es la parte risueña del asunto, parte que no le quita su grave significado de clase. ¿Es de extrañar que ante estos hechos el movimiento de protesta contra la expulsión de los quince estudiantes esté alcanzando una magnitud extraordinaria?

Dos meses de huelga

Más de sesenta días de huelga llevan ya los obreros de la construcción. Una solidaridad de clase, firme y comovedora, los sostiene. Sus hermanos, los trabajadores de otros gremios, los ayudan y hasta los intelectuales — numerosos intelectuales — saliendo al fin de los límites estrechos de su acción profesional, manifiestan públicamente su apoyo a los obreros en lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo. El comercio minorista, en un gesto de adhesión y de reconocimiento de la justicia reclamada, proporciona víveres para los comedores organizados por el sindicato y para las familias de los huelguistas. Y gremios como los de obreros municipales y tranviarios se hacen cargo del cuidado y de la alimentación de los niños.

Frente a esta humana y cálida adhesión popular los obreros que exigen lo que no es posible negarles en rigor de justicia, se alza el constraste brutal de la obtención patronal, la frialdad egoísta de las grandes empresas constructoras — la Geopé, la Chadopif, Siemens-Bouinioms — cuyo poderío se edifica sobre la insignificancia de los jornales obreros y sobre el control de precios de los materiales de construcción que ejercen a vista y paciencia del país.

Aceptan las empresas los aumentos de jornales que piden los trabajadores — ¿cómo será la justicia de esa exigencia — pero se niegan a reconocer el sindicato porque tal reconocimiento significaría aceptar la fiscalización de los mismos trabajadores para el cumplimiento de los convenios. Y esto ya es demasiado. Las empresas, esta empresa extranjera que trata al país como si fuera una factoría de su propiedad, están dispuestas a firmar el pliego de condiciones. Pero no están dispuestas a cumplirlo.

El silencio de la prensa

La demostración por el absurdo es en matemáticas, como lo sabe mucha gente, un excelente procedimiento. La demostración por la negación suele ser un procedimiento no menos excelente en arte. Dime quien te niega y te diré los que vales. La negación crítica, en materia de arte, asume por lo general dos formas. Una es la clara afirmación de que tal cosa nada vale. Es la menos tóxica. La otra, la más rencorosa, es la del silencio, la de la aparente inadvertencia.

¿Se ha ejercido contra nosotros algo que justifique este minucioso exordio? Sí. La prensa, la prensa de arte, la crítica, no se ha enterado de que durante diez días más de cuarenta artistas han exhibido sus obras en el notorio salón de exposiciones del Concejo Deliberante. Y que durante esos diez días el todo Buenos Aires que sigue las actividades artísticas ha desfilado ininterrumpidamente frente a los cuadros.

¿Debemos asombrarnos por tal cosa? De ninguna manera. El salón de la A.I.A.P.E. cargaba en sus obras demasiados fermentos de renovación saludable para que no experimentarían alguna inquietud los polvorientos trastos de la crítica impermeable. También guardaron silencio el mismo silencio obstinado y rencoroso — ante la valiosa exposición de los siete artistas modernos que en Amigos del Arte ofrecieron a Buenos Aires la rara oportunidad de asistir a una muestra de excepcional calidad y de austera dignidad artística.

Terra versus URSS

Terra ha querido ofrecer al mundo el espectáculo de una grandeza en estado tonante. Desde el Olimpo que tiene más a mano — el Cerro de Montevideo — ha lanzado sus rayos y centellas sobre el país de los ciento setenta millones de habitantes, del Ejército Rojo y del Plan Quinquenal. No contaba, evidentemente, con la Liga de las Naciones. Ni con Litvinof. Ni con Minkín, siquiera. Ya la nota del embajador soviético descompuso la magnifi-

cia de su gesto. ¿Qué no le ocurrirá con ese socarrón experimentado que es M. Litvinof? La historia de los que nos, de la fabulosa montaña de queos cuya ubicación en la Unión Soviética gestionaba desinteresadamente un hermano del Júpiter uruguayo, se presta a más de una broma diplomática. M. Litvinof no va a pasar sin detenerse un instante junto a tan sabrosa oportunidad.

Pero no va, seguramente, a limitarse a eso. El Júpiter de la vecina orilla se lo agradecería demasiado. Litvinof va a plantear cuestiones y va a formular preguntas. El Júpiter rioplatense se va a sentar en el banquillo de los interrogatorios y va a tener que contestar. ¿Qué es lo que va a quedar demostrado? Lo que ya todo el mundo sabe. Que el Júpiter oriental no solo no maneja fuerza extra-terrestre alguna sino que son fuerzas de la tierra las que lo manejan a él. Brasil, Norteamérica, Italia, Getulio Vargas, el Standard Oil, Mazzolino. Como Hitler es el campeón del anticomunismo en Europa, el Júpiter del país hermano ha querido serlo en Sudamérica. Pero no le valdrá la aspiración. Ni logrará con ello, ahora que se está cayendo del Olimpo, es decir, del Cerro, convencer al batllismo que le preste apoyo.

La insurrección brasileña

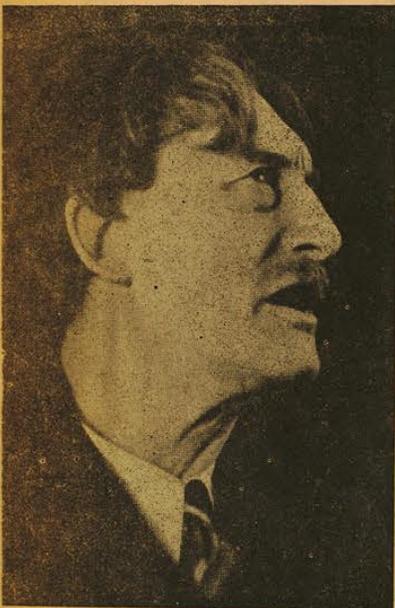
Una información fragmentaria y una intencionada o inocente desfiguración de los hechos por apresurados comentaristas, ha ofrecido a la opinión de Sudamérica un

panorama falso de la insurrección brasileña. No hay, por lo pronto, tal movimiento comunista. Ni, tampoco, tentativa de revolución organizada por la Alianza Nacional Libertadora. Se trata, simplemente, de una insurrección local que el descontento general del Brasil pudo convertir en la chispa de una verdadera revolución nacional que diera por tierra con la nefasta dictadura de Getulio Vargas.

El movimiento no se inició, como se cree, con un levantamiento militar. No fué, pues, un conato de cuartelazo. Una huelga ferroviaria local, en la ciudad de Natal, fué el punto de partida de los acontecimientos. La policía enviada para someter a los huelguistas fraternizó con ellos. El gobierno ordenó, entonces, la intervención de las tropas del ejército. Pero las tropas — oficiales y soldados — se negaron a ejercer funciones de gendarmería y ante la inminencia de duras sanciones por parte de las autoridades militares, resolvieron levantarse en armas. La noticia de la insurrección corrió por el Brasil llenando de inquietud y de esperanza a las masas. Hubo huelgas ferroviarias de apoyo y levantamientos espontáneos y parciales en Recife, en Río y en otros puntos del país. Si los valientes militares sublevados se sostienen una semana, el tiempo necesario indispensable para un encauzamiento elemental del deseo de lucha de las masas obreras y campesinas, la revolución hubiera ardiado de un extremo al otro del país. Tal es el estado de descontento del Brasil, y el desprestigio del dictador Vargas, sonriente visitante de países extranjeros y sombrío déspota de su patria.



Parágrafos sobre Barbusse



cológicas, revestirlas de belleza verbal, para cumplir una misión de persona viviente? Un compatriota de América - Gonzalo Zaldumbide - señaló en 1909 la importancia y la originalidad de su obra. Preveía el desenvolvimiento extraordinario del novelista y nos indicaba en sus novelas y cuentos primerizos la fuerza de una vasta personalidad.

No advirtieron sus dimensiones posibles los críticos de París. Para ellos significaría, sin duda, un literato de talento, o sea un artista más en la acepción profesional del término y aunque valía más que muchos de sus contemporáneos, y ya denunciaba una potencia que hoy se admira, la obscuridad envolvía su nombre y su paciente trabajo. Y es que, en realidad, Barbusse rehizo totalmente su espíritu y reconstruyó su mentalidad con la siniestra experiencia de la guerra. Fué esta su verdadera y perdurable lección de arte. De arte y de religión. Comprendió que el artista que se educa en el prestigio ficticio de la formalidad, es una pequeña, miserable y perecedera cosa, que el antiguo Marcial consideraba como "un hermoso hémunculo" - bueno para bailar en los festines de los jóvenes patricios, pues en ese menester no se requiere ni sexo ni corazón. Comprendió Barbusse la exigencia imperativa de la vida que consiste en revelar a la humanidad de que surge la literatura vital, su dolor, su monstruosidad y su esperanza. "El Fuego" lo exhibió bruscamente como documentador de una sociedad agónica que en su crueldad anárquica solo logra revolcarse en el horror. Ya no era el obrero de un estilo deliberado, ya no era el literato introspectivo y el complicado y suntuoso psicólogo finisecular. Lo que sufrió en las trincheras, la visión de muchedumbres inmensas hechas carne muerta, carne heroica y estupidamente muerta y amasada en lodo, le dió la noción de su magistratura mundial y le indujo a transformar su oficio en milicia. Es como se convirtió en un perseguidor de los culpables. Su voz se volvió terrible. Y al pasar del gabinete de analista de aventuras individuales al gran laboratorio en que se observa el estremecimiento de la criatura humana en el deslinde de dos edades históricas, la clase múltiple de aprovechadores de catástrofes, los roedores que medran en los intersticios de las tragedias sociales, los pacíficos nuevos ricos que aspiran a ejercitarse en su reciente automóvil, en su reciente palacio, en su reciente querida, advirtieron que Henri Barbusse se les ofrecía con la trascendencia de un peligro.

¿Por que no se reducirla - pensaban - a escribir sus novelas, por temerarias que fuesen en su ácido antisocial, en vez de hablárnos de Lenin, de Rusia, en vez de detestar públicamente a Mussolini y de

blasfemar contra la restauración de ese flamante tirano de Padua, huído del drama de Hugo, y que maneja en su teatro sofocado el rayo y el trueno? Con su cuerpo ascético y héctico, Barbusse desafiaba a esos callados elementos que, de acuerdo con su denuncia memorable absolvió al asesino de Jean Jaurés, por razones de irresponsabilidad mental y lo condenaron escasos meses más tarde por haber cometido una estafa, o sea un atentado contra su sagrado dinero.

III

Lo que se toleraba en el novelista, a quien es permitida la iconoclasia, el amor a la verdad, bajo el pseudónimo del arte, no se consentía al hombre de acción. Admitían al poeta, odiaban al profeta. Más Barbusse, que nunca dejó de ser el artista insigne, no quiso renunciar a su papel profético.

Es este uno de los aspectos conmovedores de su vida. En la vorágine de la humanidad salida de la guerra y ansiosa de guerra, en el apogeo de la bestialización hitlerista, que Kaysersling proclama en su farsa filosófica como el predominio de lo telúrico, Henri Barbusse se erigió en representante de la dignidad del hombre, en vindicador del decoro moral del individuo. Wells denomina la etapa de Mussolini y de Hitler "la hora del bárbaro patán". Contra el bárbaro patán se levantó Barbusse. Tendió ante la resurgida barbarie medioeval la línea en que se ponen en fila los hombres libres. ¿Quién lo supera en coraje magnífico y quien no le dá tributo de gratitud? Henos aquí para hacerlo. Le debemos algo más, lo que trabajamos por la cultura colectiva y no nos resignamos a revolver parasitariamente los despojos de las bibliotecas y de los museos. Nos enseñó la necesidad de devolver al mundo lo que el mundo nos dá: nos adoctrinó en la certidumbre de que es indispensable al escritor una concepción religiosa de la vida, en la concepción trascendente de que la vida lleva en sí un fin y ese fin debemos descubrirlo, interpretarlo, destilarlo en el espíritu y de este modo seremos artistas, poetas, filósofos; seremos hombres y no acrobáticos bailarines de fiestas ajenas. Barbusse formuló un llamamiento al servicio por la humanidad, que se compone de países, de pueblos, de razas. Y cuanto más serviremos a la total conjunción humana tanto más seremos servidores de nuestro país, de nuestro pueblo, de nuestra raza. Por eso fué Barbusse un santo y un héroe.

Alberto Gerchunof



Viñeta de J. Battle Planas

Para la gente que no tiene el hábito de examinar con discernimiento las palabras con que suele definir los hechos, constituye la santidad un estado pasivo. Ser un santo equivale a una especie de beatífica posición de conformidad. No es este el concepto con que se consagró a los grandes propulsores del cristianismo o a los que lo depuraron y embellecieron en los siglos posteriores a su triunfo. La santidad representó en aquellos tiempos de caos y de génesis un estado combativo. El hombre que asumía la predicación no se limitaba a aceptar contemplativamente la verdad nueva. Se esforzaba en difundirla y en imponerla. Si hubiera visto en esa verdad un estímulo simple de purificación un aliciente silencioso de perfeccionamiento íntimo, el santoral no sería una historia de martirio y de sangre. Los gobernadores romanos, que encarnaban el fascismo nacionalista y las ideas aristocráticas del privilegio, no habrían organizado la persecución de esos extraños rebeldes, de esos mansos y trágicos revolucionarios que combatían con un signo y enunciaban a los esclavos del mundo la hora cercana de la liberación. Y en nuestro tiempo, que es también de caos y de génesis, reaparece el santo, no en la condición de alma extática, sino en postura de lucha, y para quien la vida es un deber de militación. Henri Barbusse nació con ese instinto y vivió con ese designio. Fué un santo es decir, un mensajero humano y un héroe.

En sus libros juveniles encontramos la influencia de las escuelas literarias que dominaban en el efusivo universo de París. Naturalista con tendencia a la minuciosidad y prosista con el esplendor rutinario de los poetas del simbolismo, profesaba la idea estética de que el individuo es un accidente de la obra artística. Había sin embargo en Henri Barbusse la necesaria infusión de socialismo, de fermento no conformista, que debía desanimarlo en su tarea de creación. ¿Bastaba al escritor explorarse infatigablemente y construir entidades psi-

Una muerte reciente, crujiente, estallada en los dedos; una muerte reciente, viva, lacrada en los ojos: nos agolpa en el pulso y avasalla las venas, como un grito caciente, como un plomo aguzado, como un alto silencio.

A esa hora en que se agobia la espalda de los trabajadores entre las paredes musgosas, húmedas, de los suburbios cenicientos y en la «Chez Mére Catharine» los poetas andróginos entonan el viejo aire «comamos y bebamos» de los burgueses despreocupados; a esa hora en que laten y pactan las uñas de los fantasmas y el reloj de la usina aborta millones y millones de cadáveres; a esa hora, digo, el corazón de esa muerte era un hombre:

Que alegremente golpeaba sobre la tierra su violencia de vida junto al flanco naciente de nuestro mundo.

Que arrancaba las llamas de una represa ardiendo y pensaba en los ríos que nunca se marchitan, en los astros que nunca se detienen.

A esa hora, digo, esa muerte era un hombre.

Su corazón recto, jóven, sin escarmientos resonaba, como la vieja caja de la tierra, bajo el humo de tabaco de las estaciones, oh! camaradas, y de las lluvias, de las lluvias escalofrantes, repetidas, que hacen florecer los terrenos baldíos de los arrabales ulcerados, mojan la voz áspera y gruesa de los pequeños vendedores de noticias y empapan la espalda sucia de los traperos.

Lagrimaban los granos del trigo, silbaban las ametralladoras; el cielo barrido y el fognazo de los fusiles, y nosotros, nosotros teníamos el corazón lento y la garganta tímida.

Envejecían las frágiles cuerdas de los grillos y el atizante y rubio zumo de los viñedos bailaba entre mujeres desnudas en las copas de los millonarios.

Colonias sangrando, difuntos entre cuchillos, alhajas y empolvadas campanas repicando; postales extraviadas sin retorno; lágrimas aboradas y cabezas, cabezas deshechas entre pedazos de alambres de púas, de cascos de granadas y de vísceras, solos, con manchas de barro.

Las alegres canciones de los campesinos yacían entre las parvas reseca y el diente mellado de las horquillas; las muchachas de las aldeas marchaban a la ciudad con ojeas de parturientas débiles y el canto de los pájaros tiritaba en el frío, muy frío, de las madrugadas solas; los gallos no descolgaban estrellas ni el alma de los niños alucinaba las barbas de los abuelos con su piel de rocío.

La muerte era un uniforme y era una bandera; era un continente y una sepultura; la rodilla y el pecho; la cruz y el escapulario.

Eso: La obediencia y la escuela; la trinchera y la carne; el alcohol y la Prensa; el dinero y la casa; el sexo y el vientre.

Eso: Cristo en las alambradas, de palo. Dios en el mapa, de plomo.

El era tan solo un hombre sobre la plancha del mundo pero los ojos de mis hermanos estaban en sus ojos como en un bosque de llamas.

Era un viento, era algo más que todo el viento, camaradas.

Supo como se podría la carne de los hombres sobre las raíces y cada gota de sangre era su gota y su sangre.

Supo más, camaradas: Supo limar las cortezas de su sueño y fué el leñador más firme y fué el piloto más diestro.

Aventó la ceniza de los muertos anónimos y en un grito formado se envolvió en nuestra sangre como en una bandera.

Nuestra voz fué la suya, más que grito violento fué un rencor como el nuestro, sobre el nuestro como una certeza.

Supo ver el cielo en la punta de las bayonetas, detrás de horizontes de burbujas, frente a un sol paralítico.

Supo ver al «Soldado desconocido» y en su mano vacía apoyó la suya, como un nudo de puños, como un puño de hierro.

Oh! camaradas: Alargaba sus hombros, como un niño sus días, y avanzaba desnudo lleno de cicatrices y de hogueras.

No estaba sordo ni estaba ciego; cantaba como los árboles en la Primavera y servía su voz con la hondura caliente de un latido.

Sabía que el rebote mas limpio venía desde abajo, como de las raíces el verde de las hojas, como de las flores el jugo de las frutas.

Sabía mas, camaradas: Sabía que el odio era una entraña del amor y amasaba su levadura de sueños en esa lava.

Remachaba los días con un canto de guerra y aferraba sus nervios a una lumbré que aceraba sus ojos y sus sienas.

Venía claridad de su voz como de una montaña el pulso de las aguas, como de un verano la flecha de los pájaros.

Ahora él está muerto, muerto para siempre, camaradas, y es necesario recobrar esa muerte para la esperanza y el rojo de las colinas.

Hay rencores formados, olas de rencores que crecen desde su aliento para invadir las palabras y el filo de las estrellas.

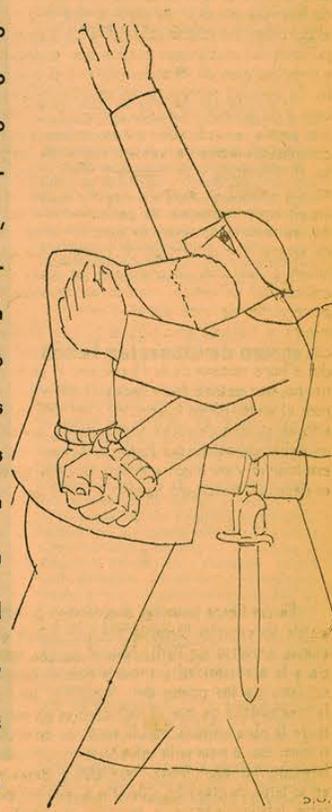
El era tan solo un hombre sobre la tierra y un hombre, camaradas, reluce como una planta cuando lo lava la vida.

Esa muerte no es tuya, porque eres de la partida para el día de la jornada, para el segundo que nos aguarda con su hoguera de venas, con su sangre en las calles.

Se repite en millones de gargantas de la Revolución, camarada Barbusse: ¡Esa muerte no es tuya! ¡Esa muerte no es tuya!

Canción de una muerte que no es tuya

por José Portogalo
Viñeta de Demetrio Urruchúa



Sufragio universal y secreto en la URSS

"Generalmente las nuevas creaciones de la historia tienen la suerte de que los hombres las confunden con formas antiguas y aún desaparecidas de la vida social, a las que se parecen por el más rasgo común." Marx.

La prensa burguesa de todo el mundo acogió la reforma electoral sancionada por el Séptimo Congreso Pan-Soviético, como un triunfo de los principios de la democracia capitalista, de la DEMOCRACIA, así, en abstracto, como hablan ellos.

También los viejos socialdemócratas ven en la reforma constitucional un reconocimiento de la exactitud de sus críticas contra el régimen jurídico-político bolchevique. Ellos habían recibido como un atentado de lesa democracia la constitución de 1918-1924, que excluía del derecho electoral a una parte de la población (la antigua nobleza, los miembros del ejército zarista, los miembros de la Okhrana, el clero y en general todos los elementos parasitarios y explotadores), consagraba la desigualdad política en favor de la clase obrera (concediendo mayor representación a la población urbana que a la rural), instituta las elecciones indirectas (de segundo, tercero y hasta cuarto grado) y hacia del voto un acto público. La disolución de la Constituyente en Enero de 1918 les había llenado de indignación, y el más grande de sus líderes, Carlos Kautsky, se alzó contra tanto escándalo antidemocrático con aquel famoso panfleto "Comunismo y terrorismo".

Los Soviets han implantado el voto universal, directo y secreto. Los Soviets vuelven a la buena senda, exclaman. Los comunistas ceden, los comunistas reconocen la superioridad de nuestros principios.

Incapaces de comprender el sentido profundo de los acontecimientos históricos, faltos de una inteligencia dialéctica de las transformaciones sociales, tanto los gaceteros como los sabios burgueses confunden así — como dice Marx — las nuevas creaciones de la historia con formas antiguas, llevados por alguna semejanza exterior.

Cuando la Nueva Política Económica (NEP) restauró en 1921, parcialmente y en cierta forma, el libre comercio privado, la misma gente batía palmas de victoria y vaticinaba la próxima vuelta total al régimen capitalista. La NEP sin embargo, no ha llevado al capitalismo sino a la socialización de la agricultura, la más grande revolución económica de los tiempos modernos.

"Si duos faciunt idem non est idem" dice un proverbio latino. A pesar de su semejanza exterior, no es lo mismo la democracia capitalista que la democracia de los trabajadores. Veamos un poco más de cerca las cosas. El voto universal, directo y secreto de las repúblicas burguesas y permite realmente a las masas participar en los órganos del poder? "Resolverse cada cierto número de años — dice Lenin — quién es el individuo de la clase obrera que debe reprimir y oprimir al pueblo, es lo que constituye la esencia del par-

lamentarismo mesocrático, no solo en las monarchías parlamentarias y constitucionales, sino en las repúblicas más democráticas." Esa es la verdad: ni aún en las "repúblicas más democráticas" el pueblo participa en el poder por medio del voto "universal, directo, secreto e igual". Allí donde las masas populares son desposeídas y todo el poder económico se concentra en las manos de una pequeña minoría, la igualdad y universalidad del derecho electoral son solamente ilusiones, que sirven para enmascarar este hecho cruel: que no tiene por consecuencia más que "resolver cada cierto número de años quién es el individuo de la "clase gobernante" que debe reprimir y oprimir al pueblo." El voto igual y universal solamente disfraza la dictadura del capital.

Todo el pomposo capítulo de "Declaraciones, derechos y garantías" de la Constitución Argentina, por ejemplo, queda reducido a nada, no solamente porque la misma Constitución de los medios de escamotear al pueblo todos los derechos y todas las libertades, mediante las "leyes que reglamentan su ejercicio" sino porque su efectividad queda librada al juego de las fuerzas económicas desiguales. Ya sabemos qué resta, v. gr., del derecho de reunión cuando a un simple edicto policial se le ocurre "reglamentarlo" fijando lugares, horas, objetivos, oradores, etc.

Los derechos y las garantías "reconocidos "urbi et orbi", a todo el mundo, por las constituciones republicanas burguesas se tornan

en los hechos, derechos y garantías reconocidos solamente a los detentadores del capital.

La Constitución soviética de 1918-1924, en cambio, limitaba el alcance de los derechos y las libertades acordados, únicamente al "pueblo trabajador y explotado", como rezaba su capítulo inicial. Y sin embargo esa democracia tenía en la realidad una amplitud cien veces mayor que la más avanzada de las democracias burguesas, porque la Constitución concedía a las masas laboriosas — junto a cada derecho — los medios materiales necesarios para su ejercicio efectivo. Cuando a cuerda a los trabajadores el derecho de expresar sus ideas por la prensa, pone simultáneamente a su disposición las imprentas, los depósitos de papel y los medios de distribución indispensables; cuando reconoce el derecho de reunión, entrega al mismo tiempo locales y locales necesarios para las asambleas, etc.

Es cierto que el derecho igual ha sido su primido; pero todo "derecho igual" es — como dice Marx — "la consagración de una desigualdad".

Al limitar los derechos reconocidos solamente al "pueblo trabajador y explotado", asentándose sobre la base de la socialización de la propiedad, y al instituir la forma soviética de gobierno, la Constitución rusa aseguraba a las masas la efectiva participación en el poder, es decir, el ejercicio de una democracia con la que jamás pudieron soñar en ninguna república capitalista.

Ya desde 1919 estaba prevista la actual reforma constitucional soviética. En el Programa del Partido Comunista Ruso, redactado a principios de ese año, se explicaba de este modo el régimen instaurado por la Constitución del 18: "La tarea del partido del proletariado "consiste en proseguir ininterrumpidamente "aplantando la resistencia del explotador "combatir ideológicamente los prejuicios profundamente arraigados acerca del carácter ab-soluto de las libertades y los derechos "urgentes, y explicar al mismo tiempo que son "imprescindibles las medidas tendientes a quitarle todos los derechos políticos y limitarle "ciertas libertades únicamente como medio de lucha transitorio contra los intentos de los explotadores de reconquistar sus anteriores "derechos". El cercenamiento de los derechos de la minoría es contemplado no como un "régimen ideal y definitivo, sino como un "medio de lucha transitorio" y se agregaba: "EN LA MEDIDA EN QUE VAYA DESAPARECIENDO LA POSIBILIDAD OBJETIVA DE "LA EXPLOTACION DEL HOMBRE POR EL HOMBRE, VA A DESAPARECER "IGUALMENTE LA NECESIDAD DE DICHAS "MEDIDAS TRANSITORIAS Y EL PARTIDO ASPIRARA A SU LIMITACION Y "TOTAL ELIMINACION".

En 1935 la Unión Soviética ha llegado a la situación que "la posibilidad objetiva de la explotación del hombre por el hombre", como sistema, ha desaparecido. Los explotadores fueron casi totalmente eliminados. Se ha consumado la más grande revolución económica de la Historia con la socialización de la agricultura. Han desaparecido las grandes deferencias entre la ciudad y el campo, entre el proletariado y el campesinado. Ha llegado el momento de la "limitación y total eliminación" de "dichas medidas transitorias", como prevé el Programa de principios de 1919. La reforma constitucional sancionada en el Congreso Pan-Soviético es la consagración jurídica del triunfo del socialismo en la economía de la Unión Soviética.

"El mundo capitalista ha lanzado el grito de "la bancarrota de la democracia." Uno a uno los grandes países reniegan del sistema tradicional para entregarse a un franco régimen de violencia. En todas partes, hasta estos pobres principios democráticos puramente formales, que ya no pueden encubrir la dictadura de la burguesía, van siendo reemplazados por una clínica violación de la legalidad. Y mientras la DEMOCRACIA abstracta defendida contra los bolcheviques por los ideólogos burgueses y los jefes socialistas, ha conducido a los sistemas de terror fascistas, la dictadura del proletariado brinda a los trabajadores del mundo el espectáculo de una democracia de una efectividad y una amplitud que el mundo jamás conoció.

"El primer acto en que el estado obrero como verdadero representante de toda la sociedad, ejerciendo un dominio absoluto sobre los medios de producción en nombre de la sociedad, será también el último acto independiente del Estado como tal", escribió Engels en e- "ANTI-DUHRING".

La conquista del poder político por el proletariado, con la instauración de su dictadura, es en realidad el primer paso hacia la desaparición del Estado. La reciente reforma constitucional rusa muestra que la trayectoria señalada por el marxismo es rigurosamente exacta. Sin utopías, pisando el firme terreno de la realidad histórica, el proletariado marcha a través de su dictadura de clase, a la supresión de las clases y a la eliminación de toda forma de Estado como poder coercitivo.

La introducción del voto igual, universal y secreto y de las elecciones directas en la Unión Soviética, lejos de significar un paso atrás, una vuelta a la "buena senda", representa un progreso de incalculables proyecciones. Es, acaso, el mayor acontecimiento histórico de nuestro tiempo.

Samuel Schmerkin

La bandera libertadora flamea en el Sertao

En el interior de Río Grande do Norte, bien lejos de Natal, la ciudad que conoció, durante cuatro días, el primer gobierno popular, está Seridó. Ya es el sertao brasileño, — región poco poblada, aislada de todo contacto con la civilización. De esta lo único que se conoce es el winchester. Ahí están los campos de algodón plateados de sol y de capullos. Los trabajadores, sudando bajo la canícula, sufriendo los rigores de la esclavitud, vomitan palabras de odio entre mujeres y niños que solo conocieron el juguete de la explotación. Seridó es la región que produce el mejor algodón del mundo, afirman los técnicos de la misión inglesa. Sin embargo, van harapientos los hombres, mujeres y niños que cultivan el algodón. Y están demacrados de hambre y de cansancio, y se vuelven viejos prematuramente. Pero, a veces, la mirada fatigada de los hombres, contemplando los patrones opulentos de grasa y de monedas, hieren como un estilete. Sus brazos cansados por las faenas interminables, que empiezan antes que el sol, y terminan cuando llega la noche, todavía conservan energías capaces de voltear cuerpos de explotadores. Da Cunha decía que "o sertanejo é antes de tudo um forte". Y lo decía sin equivocaciones.

Ese es el ambiente donde la columna revolucionaria que se internó en el sertao, después del grito libertador de Natal, acaba de chocar con las fuerzas dictatoriales. Es Seridó el primer punto de contacto entre las dos fuerzas. La que lucha por la emancipación del Brasil, y la que apoya una dictadura, que, desde hace cinco años, pisoteando los derechos del pueblo, ha aumentado la miseria, multiplicado las deudas públicas, y, en una palabra, ha llevado el país a una total bancarrota. Seridó es otra etapa de una serie de luchas que será interminable, mientras la bandera de la Alianza Nacional Libertadora, victoriosa, no flamee en todo el vasto territorio nacional.

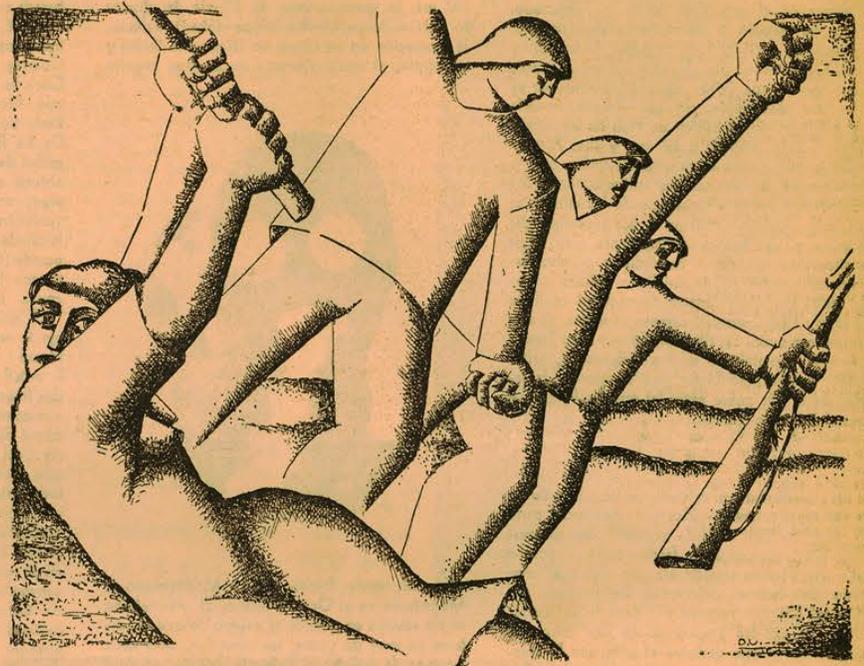
Esto es una positiva demostración de que la revolución, dominada eventualmente en el litoral, sigue su marcha por el Brasil, multiplicando sus efectivos, reagrupando todas las energías dispersas que por el interior del país arrastran su odio y su hostilidad a la dictadura. La impresión que tenemos, los que conocemos íntimamente la tragedia del pueblo brasileño, es de que se acerca la hora de la batalla decisiva con el triunfo de los hombres que luchan por Pan Tierra y Libertad.

La única fuerza que responde al señor Vargas es el ejército mercenario. Y si agregamos que ese mismo ejército se halla en plena descomposición, con su Estado Mayor escindido, y con una lucha interna entre la juventud que sigue al Ingeniero Luiz Carlos Prestes, el comandante de la invicta "Columna Prestes", el "Caballero de la Esperanza", y los reaccionarios que viven con el ojo atento al soborno, tenemos una idea perfecta de como se precaria la fuerza en que se ampara la dictadura.

La indisciplina en el ejército y en la marina viene desde hace mucho tiempo. No es el caso precisar fechas. Pero, se hace crisis aguda en el gobierno de Vargas. Es que este, demagógicamente, utilizó los jóvenes oficiales que habían acompañado a Prestes, y que estaban emigrados, para mejor engañar al pueblo brasileño, y exaltar el poder exitosamente.

El célebre "Club 3 de Octubre", más conocido como el "Club de los Tenientes", se crea con la finalidad de defender la "revolución" del 30, controlando los actos de la dictadura. Y asistimos a la lucha entre oficiales del ejército y de la marina que subieron con Vargas, y los generales y almirantes que cayeron con Washington Luis. Los primeros ocuparon las posiciones de los segundos, inclusive los grandes puestos de interventores en los principales Estados, los ministerios. Esa repartición de puestos entre los "cadetes" se tornó ostensiva para mayor descrédito del nuevo gobierno. Era el dominio del "tenentismo".

Después de 1932, esto es después de aplastado el movimiento "constitucionalista" de San Pablo, dirigidos por los "fazendeiros" e industriales, declinó el prestigio de los tenientes. Se afirman los elementos que estaban en el ostracismo. Pero aumentan las luchas internas entre los descontentos, y la descomposición es cada vez mayor. Otra corriente se va fortaleciendo y su prestigio se va nacionalizando. Es la juventud revolucionaria que finalmente comprende que debe apoyar al proletariado y al campesinado en sus luchas por la emancipación definitiva del Brasil. Es la juventud del ejército y de la marina que se solidariza con Luiz Carlos Prestes. Son, por lo tanto, las clases armadas, en adelantado estado de indisciplina, el único sostén de la dictadura.



Del otro lado de las barricadas está la inmensa población laboriosa, el estudiantado, y toda la honesta intelectualidad brasileña. La brevedad de esta nota no permite una larga cita-ción de sus nombres, ni el comentario de sus obras, pero decimos con toda sinceridad, que los mayores escritores, los artistas más grandes, los catedráticos de mayor re-

nombre, cuyo prestigio ya ha cruzado el atlántico, luchan dentro de los cuadros de la A. N. L. por un gobierno eminentemente brasileño, sin ninguna ligazón con el imperialismo.

La obra de contenido social que realizan en mi país los escritores y artistas, es el producto de la acción revolucionaria de sus autores.

La indispensable fraternidad

He aquí que en Francia el Comité Nacional de Lucha contra la Guerra y el Fascismo está a punto de editar un nuevo diario de propaganda con el título (FRATERNIDAD).

Tal debe ser en adelante la consigna y el llamado a filas para los trabajadores manuales e intelectuales de todas las nacionalidades y de todas las razas.

Sin una ayuda recíproca y constante, sin una estrecha colaboración, los trabajadores intelectuales y manuales, entre los cuales no hago distinción alguna de país ni de lengua, arriesgarían verse privados de una parte de las fuerzas necesarias para apresurar los tiempos nuevos. Sólo de su unión surgirá la completa victoria del Proletariado, cuyos intereses primordiales son en todas partes los mismos de la "élite" pensante.

Fraternidad Internacional, pues, entre las masas obreras y campesinas, pero al mismo tiempo fraternidad mundial de éstas para con los escritores y artistas animados de la misma fe revolucionaria.

La hora de la solidaridad ha llegado, pues, para todo aquel que, intelectual o manual, anhela ver realizarse el progreso humano.

Una novelista francesa que tuvo su hora de gloria, Jorge Sand, precursora de la emancipación femenina, con razón contestaba a un estilista famoso, partidario del arte por el arte: «¿Qué sería el arte sin el corazón y los espíritus en que se vierte? Un sol que no proyecta rayos.»

Esa tendencia falsamente aristocrática de que era testimonio el correspondal de Jorge Sand, — escritor célebre también, puesto que se llamaba Gustavo Flaubert —, esa especie de desdén por la profunda fuente popular, ha sido denunciada con justicia como «una enfermedad indecente» por el actual jefe de la Revolución Soviética, Stalin, el genial heredero de Lenin, en el discurso que dedicó el 28 de Enero de 1924 a los cadetes de la Escuela Militar del Kremlin.

Esa enfermedad —dijo— es el miedo a las masas, la falta de fé en la acción creadora de las masas... El temor a que los elementos puedan desencadenarse, que las masas destruyan demasiado, la tendencia a desempeñar el papel de conductores, a querer instruir a las masas por los libros sin querer introducirse en su seno: tal es la fuente de esa especie de aristocratismos...

¿Se puede decir nada mejor?
Así como la vida, según sabemos es movimiento, repetímosnos con Lenin y con Stalin que también la revolución es creación continua, es función de todas las buenas voluntades.

Stalin, a propósito de la fé en las fuerzas creadoras del Proletariado y la justeza revolucionaria de su instinto de clase recuerda, en el mismo discurso, las palabras de un camarada en presencia de Lenin:

«Después de la Revolución deberá establecerse el orden normal», a lo que Lenin contestó sarcástico: «¡Av de aquellos que queriendo ser revolucionarios olvidan que el orden más normal en la Historia es la Revolución!

«De allí, agrega Stalin, el desprecio de Lenin por aquellos que miraban a las masas desde lo alto, y pretendían instruírlos por los libros. Es por eso que Lenin repitió incesantemente: Hay que instruírse en el seno de las masas, hay que estudiar minuciosamente la experiencia práctica de la lucha de clases.»

No se puede definir mejor las condiciones de acercamiento entre los que hacen libros y los que hacen hechos, y la necesidad de su comunión. Es de su labor, a la vez independiente y unida, es de su fraternidad internacional que depende el advenimiento, en el menor tiempo posible, de un porvenir mejor: EL DEL TRABAJO EQUILIBRADO EN LA JUSTICIA Y EN LA SOLIDARIDAD SOCIAL.

Víctor Margueritte

Barboza Mello
Dibujador de Urruchúa

Regreso de González Tuñón

Nuestro camarada Raúl González Tuñón y su compañera Amparo Mom han regresado al país después de un viaje por Europa y una buena estadía de más de medio año en Madrid donde Raúl hizo una lectura de poemas en el viejo Ateneo. Asistió en París, como representante de la literatura argentina antifascista, a las deliberaciones del Congreso de Escritores por la Defensa de la Cultura. Tuvo oportunidad allí de escuchar la palabra de las primeras figuras del movimiento antifascista y antiguerrero y estrechó vinculaciones personales con muchas de ellas. En una próxima conversación que la revista Unidad está ya organizando, Raúl González Tuñón nos contará sus impresiones y las enseñanzas que ha recogido en este nuevo contacto con el viejo mundo que el empuje juvenil del Frente Popular está remozando.

Por lo pronto —festejando su regreso— un grupo numeroso de amigos, entre los que se cuentan sus camaradas de la A. I. A. P. E., ha resuelto realizar una gran comida en su honor. Esta comida se llevará a cabo en los salones de P. L. A. V. A., Paraná 555, el sábado 11 del corriente, a las 21 horas. Lector de Unidad: queda Vd. invitado.



Los trabajadores quieren saber en la URSS. Por eso después del trabajo concurren a la escuela.

La opinión mundial contra el reparto de Etiopía

El plan Laval - Hoare, tendiente a poner fin a la guerra en el Africa Oriental, está enterrado. Hoare ha debido dimitir bajo la impresionante insurrección de la opinión popular de su país y Laval logró salvarse por el escaso margen de veinte votos de mayoría (296 contra 276) sólo por su categórica declaración de que Francia podría a disposición de Inglaterra, en caso de un ataque italiano, sus fuerzas de tierra, mar y aire. A Mussolini no le queda ahora otra disyuntiva que la de proseguir las operaciones militares con el fin de doblegar la fuerte resistencia de los etíopes y, por ende, inducir al Negus a hacer concesiones mayores y sustanciales o, impotente para salvar la situación, extender el incendio y envolver las responsabilidades del imperialismo italiano en las de todos los imperialismos: convertir el conflicto africano en conflagración europea, mundial. ¡Muera Sansón con todos los filisteos! En este caso Sansón sería «el imperialismo de los andrajosos», calificativo que empleó Lenin para caracterizar a la indole de la más pobre entre las grandes burguesías imperialistas de Europa.

Para comprender el origen y la naturaleza de las proposiciones Laval - Hoare es necesario partir de esta premisa: toda la reacción internacional procura salvar al régimen fascista italiano, porque sabe que el derrumbe de éste significaría el principio del derrumbe de todos los fascismos. El cardenal Laurents, vocero del Papa y de los jesuitas, se expresó claramente en una entrevista: «Una mano oculta destruyó el plan que ha quedado enterrado. No quiero oficiar de vaticinador, pero tal vez el muerto resucite.» Otra noticia: «La razón de la reciente visita que hizo el rey Leopoldo III de Bélgica a Inglaterra fue la de desempeñar una misión secreta que le encomendó la casa reinante de Italia. El rey Leopoldo —hermano de la princesa heredera de Italia— se habría encargado de advertir a los soberanos británicos que si a causa de la presión internacional fracasa la campaña italiana en Africa, el régimen fascista será derrotado y como consecuencia de tal derrocamiento político no podrá sobrevivir la monarquía.» Y Baldwin, en diciembre 10, en la Cámara de los Comunes: «¿Que mis labios no se despeguen!» Hoare, en la misma Cámara: «Hubo presiones enormes.»

El plan Laval - Hoare —o mejor dicho, el plan Mussolini - Pío XI - Laval satisficía las exigencias «mínimas» de los dos imperialismos en lucha: el

inglés y el italiano. El plan originario de Mussolini era: la posesión total de Etiopía, la ulterior formación de un ejército etíope (ákari) italiano, la ocupación en un futuro no lejano del Sudán y el Egipto, el establecimiento de un gran Imperio



Africano desde Trípoli en el Mediterráneo a Mogadiscio en el Océano Índico. El imperialismo inglés advirtió en seguida el peligro de que se corran en caso de guerra, sus comunicaciones entre Londres, la India y el Extremo Oriente: de aquí su decidida oposición a la empresa fascista africana. Estaba en juego la ruta imperial Londres - Gibraltar - Malta - Suez - Aden - Singapur, a la que hay que defender, como dijo lord Disraeli, «contra todo y contra todos, aunque se debiera enfrentar a las fuerzas coaligadas del cielo y del infierno.» Empero, la tradicional política inglesa no está acostumbrada a reacciones aisladas. De aquí la disyuntiva puesta a Laval, exponente de la plutocracia francesa. («Las doscientas familias»), de decidirse entre Italia o Inglaterra. Laval —el mismo que en enero de 1935 dejó «manos libres» a Mussolini en Etiopía— se ve obligado a anunciar

en la «Cámara» de diputados que su política está basada sobre el principio de la «seguridad colectiva.» Y, acosado por las revelaciones de la Extrema Izquierda, debe admitir que la entrevista con Goering, en ocasión del entierro de Pilsudski en Cracovia, obedeció al plan de un acercamiento con Alemania, dirigido, por supuesto, contra la Rusia Soviética. Laval, amigo íntimo del coronel De La Roque, admirador de Mussolini, propugnador de una «entente» con Hitler y el Duce, obtuvo el voto de confianza únicamente porque supo, con habilidad extraordinaria, ocultar, los verdaderos móviles de su política. Política que, inspirada por la plutocracia francesa y la industria pesada (Comité de Forges), exige un entendimiento con la Italia fascista y la Alemania hitlerista contra la Rusia Soviética.

El aplazamiento de la ratificación del pacto de ayuda mutua con Rusia, las proposiciones Laval - Hoare —por las cuales se acordaba, a Italia casi la mitad de Etiopía—, las entrevistas del embajador francés en Berlín con Hitler, los viajes de los «ex-combatientes» a Alemania e Italia, los discursos de los De La Roque, Taittinger e Ibanegaray («el vasco»), las invocaciones del Papa fascista, cuyo destino está ligado al de Mussolini: todo esto significa que la reacción plutocrática internacional está seriamente empeñada en salvar los oprobiosos regímenes imperantes en Italia y Alemania. Si la monarquía inglesa («que mis labios no se despeguen»), hasta ahora respetuosa de la soberanía de la Cámara de los Comunes, se olvida de Olivero Cromwell, hay que confiar en la fuerza de la clase trabajadora británica, cuya misión histórica es contribuir, en este momento, a la caída de uno de los baluartes de la reacción mundial. Y si, del otro lado, el Frente Popular francés sigue desbaratando con energía los planes oscuros del «parvenu» Laval, se puede esperar que el año 1936 vea la desaparición del musolinismo, cuyo fin traería consigo, dentro de un plazo no muy largo, el derrumbe del mas peligroso de los fascismos, el hitlerismo.

José Tuntar

Viñeta de Planos Caes

La campaña pro - Italia

Será necesario repetir una vez más que el pueblo argentino no está contra Italia ni contra los italianos, sino contra ese régimen fascista cuyas primeras víctimas son, precisamente, los italianos e Italia? La campaña organizada por el activo y económicamente poderoso Comité Pro - Italia se empeña en confundir mañosamente las cosas. La actitud sancionista del país, apoyada por una mayoría abrumadora de la opinión pública argentina, es, por otra parte, la única posible. El Pacto de la Liga de las Naciones nos obliga. Faltar a tal compromiso implicaría una infidencia censurable y una mancha sin precedentes en la historia de nuestra vida internacional.

El sentimiento argentino está, además - parece innecesario decirlo - por los países débiles, contra las agresiones injustas, contra las brutales conquistas coloniales, contra las siembras de civilización a base de bombardeos de pueblos inermes y de hospitales y de camiones con heridos. La campaña del Comité Pro - Italia, por eso, no logrará conmover al país ni conquistar otros sectores que los reducidos sectores en los que la devoción de la fuerza al servicio de la injusticia se sobrepone al sentimiento del derecho, al amor a la libertad y al culto de la civilización.

De Huir hacia el frente del Sur



Precedentes históricos del Frente Popular en Francia

RAZONES Y PROPOSITOS DEL FRENTE POPULAR EN FRANCIA CONTRA LAS DIVERSAS FORMAS DEL FASCISMO.

Los pueblos de todas las partes del mundo capitalista adquieren día a día, mayor conciencia de solidaridad para conquistar su liberación auténtica; realizan una experiencia más fecunda para luchar, aliados y vigilantes, por sus reivindicaciones políticas, económicas, sociales y culturales.

Cada vez las masas explotadas y oprimidas perciben más nitidamente la vital necesidad de cimentar la coalición popular, para combatir con eficacia contra las fuerzas reaccionarias, detentadoras del poder, contra las entidades conservadoras del obscurantismo, la injusticia y el privilegio.

Ante la amenaza de la ofensiva fascista, en algunas partes del mundo, los diversos sectores, colectividades, gremios y partidos políticos adversarios del despotismo y la guerra se han mancomunado para coordinar una acción defensiva y para responder con una contraofensiva victoriosa.

Estas alianzas libertadoras, con un acuerdo perfecto entre sus filias (en cuanto a sus reivindicaciones y principios básicos) y una sólida unidad de rumbo, (en cuanto a la acción y a la tática) se proponen salvar la soberanía nacional amenazada por un delictuoso aparato electoral que permite al oficialismo realizar impunemente la coacción y el fraude máximos; asegurar las libertades públicas frente a los abusos del poder autoritario; defender las instituciones democráticas vulneradas por el decreto —ley; reivindicar los textos jurídicos de contenido humano y los postulados fundamentales de la Declaración de los Derechos del Hombre, escarnejados por la misma burguesía que juró respetarlos; salvaguardar los fueros de la dignidad amenazada por el ultraje y la cachiporra; bregar por la emancipación de las muchedumbres explotadas y contra la agresión de las clases dominantes y sus instrumentos de intimidación y de opresión; apoyar contra el latifundio al campesinado desposeído; sostener en toda su integridad la libertad de prensa, propaganda y opinión, ante la mordaza de la censura inquisitorial y disipar de ese modo el confusionismo demagógico sembrado para embaucar al pueblo y esclavizarlo; enlaxar los derechos individuales abastidos por la ley marcial, el estado de sitio y las medidas extraordinarias; activar la encarcelación de los presos y confinados políticos y la derogación de los códigos de represión de los delitos políticos y sociales; fortalecer la verdadera conciencia ciudadana contra el servilismo, el engrasaje cortesano y la burocracia palaciega; combatir la desocupación, la depauperación progresiva, la iniquidad del régimen tributario y desmenuzar las organizaciones parasitarias que saquean el erario nacional; detener el chauvinismo armamentista subvencionado por los magnates de las empresas de material bélico; suprimir las cohortes pretorianas y sus acólitos mercenarios que ametrallan y torturan al pueblo inerme; desplegar toda la energía y la acción solidaria para la supresión y desarme de las bandas fascistas que ponen en peligro la seguridad de la República; denunciar las arremetidas contra la legalidad y los arrasamientos de la Constitución que se llevan a cabo por el sable de las dictaduras fascistas, de los tiranías personalistas, del despotismo militar y de las oligarquías plutocráticas, enfrentarse con la voracidad del monopolio privado y con el incremento de las empresas trustificadas y ensanchar el dominio industrial del Estado y la nacionalización de los servicios públicos.

El frente popular se prepara para resistir a la ofensiva reaccionaria y para la lucha final contra el terror fascista, los vandélicos organizadores de la guerra, la maquinaria del imperialismo, los trusts tentaculares, la explotación feudal-burguesa, el clero, aliado invertebrado de la opresión.

El Frente Popular se apronta para librar la batalla decisiva contra el contubernio de las fuerzas obscuras y anárquicas que amenazan desencadenar una ola de barbarie y hecatombe.

BAJO EL ANTIGUO REGIMEN

La historia de las coaliciones contra el despotismo y la reacción se remonta en Fran-

cia a la declaración de la asamblea de Vizille (Julio 1788), expresión de la voluntad de los representantes de los tres órdenes sociales contra el poder omnímodo de la monarquía; arranca igualmente de la convocatoria de los Estados Generales, efectuada por edicto real en ese mismo año, y de los diversos episodios del conflicto entre la Corte y la Nación, los cuales son, en cierto modo, derivación y prolongamiento remoto de los choques entre la Corona y los Parlamentos, lucha ésta que había culminado con el golpe de Estado del Canciller Maupeou contra esos supremos tribunales de justicia.

Las aspiraciones reformistas de los célebres cuadernos tienden a unificar el criterio de la oposición en las críticas al régimen.

La opinión liberal orientada ideológicamente por la Enciclopedia y los fisiócratas concordaba en repudiar los excesos del absolutismo de derecho divino, la *lettre de cachet*, la intolerancia religiosa, la reglamentación inhibitoria en materia económica.

La apertura de los Estados Generales el 5 de Mayo del 89 hizo adelantar la unificación de puntos de vista de la oposición creciente y en vías de organizarse.

BAJO LA REVOLUCION FRANCESA

El primer acto revolucionario, la creación de la Asamblea Nacional (Julio 17 del 89) a raíz de la discusión del voto por cabeza o por orden, es un acto de unificación de los diversos sectores (tercer estado, al que luego se suman el bajo clero y la nobleza liberal) que se proponen acabar con el absolutismo y la arbitrariedad, y se declaran representantes auténticos de la causa de la Nación.

El juramento del juego de pelota («no separarse mientras no quede establecida la constitución del reino») es una consolidación de la coalición constitucionalista que apresura la transformación de la Asamblea Nacional en Asamblea Constituyente (9 de Julio).

La toma de la Bastilla y la marcha sobre Versailles en las jornadas de Octubre son esbozos de acercamiento entre el pueblo y la asamblea para realizar la lucha violenta y extender la revolución, ponen de manifiesto la enorme importancia del apoyo que las masas populares prestaron a las medidas votadas por los representantes de la Nación, lo decisivo de la colaboración de esas masas armadas para afianzar la marcha revolucionaria.

La abolición de los derechos feudales, justicias señoriales y de todos los privilegios, votada en la noche del 4 de Agosto significa un acuerdo de los sectores antifeudales de la Asamblea Constituyente.

Del mismo modo implica también un entendimiento de las filias contrarias al absolutismo y a la aristocracia la aprobación solemnemente el 26 de Agosto de la declaración de derechos del hombre y el ciudadano que consagra los principios de la soberanía nacional, la libertad, la igualdad, la resistencia a la opresión, la división de poderes.

La fiesta de la Federación de 1790 constituye la adhesión de toda Francia a la Revolución y la unificación de las fuerzas adversarias del antiguo régimen.

En tiempos de la Asamblea Legislativa la gran manifestación popular del 20 de Junio del 92 organizada por los jacobinos llevó en sus filas afiliados de diversas tendencias avanzadas.

En el seno de esa misma asamblea los jacobinos, girondinos y franciscanos se unieron en determinadas ocasiones contra los fuldenses y otros elementos de derecha.

La revolución del 10 de Agosto del 92 que derroca la monarquía fue una victoria de las fuerzas de izquierda que ratificó luego la Asamblea al suspender al rey.

Bajo la Convención (1792-95) la supremacía permanente del gobierno revolucionario hace innecesarias las coaliciones de izquierda.

Bajo el Directorio, en 1796, la conspiración de los igualitarios para derrocar ese régimen que había estafado a la revolución pareció aunar a todas las fuerzas de izquierda que adoptaron la ideología del babouvismo colectivista y comunista.

Poco después, en 1798, los jacobinos, perseguidos desde la reacción termodoriana y a raíz del complot avortado de los igualitarios, reabren sus clubs, reúnen en sus filas a los contingentes avanzados y obtienen



Madres Oleo de Ricardo Marr Salón de la A. I. A. P. E.

éxito en las elecciones para miembros de los dos «consejos del Poder Legislativo», pero insuficientemente organizados no pueden evitar que el oficialismo anule el comicio por el golpe de Estado reaccionario del 22 Floreal.

BAJO LA RESTAURACION BORBONICA Y EN LAS SOCIEDADES SECRETAS

La promesa formulada por Luis XVIII en la declaración de Saint-Quen «de adoptar una constitución liberal» (mayo 1814) así como la promulgación de la carta en junio de ese año, no detuvieron los planes de los militantes republicanos o de los simples adversarios de la Restauración. Después de los Cien días, en momentos en que se preparaba el duelo a muerte entre los principios de la Revolución Francesa y las fuerzas de la Europa feudal y absolutista desatadas por la ola reaccionaria de la Santa Alianza, hubo en Francia como, en diversos sitios del centro y Oeste del continente, un acuerdo efectivo de los liberales de izquierda. Ese entendimiento clandestino, esa solidaridad de los epígonos de la revolución que una se aprontaban para la acción secreta, era una réplica a los crímenes perpetrados por el terror blanco, al poderoso sindicato de intereses dinásticos contra los pueblos (que era en realidad la Santa Alianza) y al despotismo tentacular que emanaba de esa entidad.

Apoyados en el Congreso de Viena (1815) y en los andamios opresivos que estableció la restauración borbónica, los sostenedores del privilegio y de la autocracia, habían decretado la destrucción vandélica de las ideas revolucionarias así como de los focos e instituciones en donde persistiera la adhesión a los principios de la dictadura jacobina, al babouvismo igualitario y colectivista, a la obra múltiple de la Convención, al Comité de Salvación Pública.

Como medida de legítima defensa de la libertad en Francia, el partido de los Independientes (coalición opositora, conjunto de elementos energéticos y dispares unidos por su posición anticlerical y por la defensa de la libertad y de la soberanía nacional) fundó la sociedad secreta de los «Carbonarios», de imitación italiana, destinada a luchar contra la monarquía y las técnicas de dominación aplicadas por la Santa Alianza.

Los partidos con representación parlamentaria (salvo en 1827) no formaron coaliciones concretas y se mantuvieron hostiles en su acción política o desunidos en su gestión legislativa. Contra los ultra-realistas (partido que luchaba por el restablecimiento del absolutismo y formado por los emigrados) contra la sociedad secreta llamada la Congregación (alianza de católicos y de monárquicos al

margen de las «cámaras entidad» fundada en 1801, pero que alcanzó su pleno desarrollo en 1820) la Carbonería fue una coalición de fuerzas opositoras al régimen en la cual había afiliados pertenecientes a diversos partidos, liga que empezó a actuar en 1821 y tomó parte activa en la conjuración de Belfort (Enero 1.º de 1822).

La consecución de esa unidad de fuerzas libertadoras realizadas en la conspiración, data efectivamente de 1821.

En 1827, los partidos constitucionalistas, organizados en coalición opositora, obtienen una victoria electoral contra el ministerio reaccionario de Villèle, la cual obliga a éste a renunciar.

La oposición se hace sentir en el Poder Legislativo; en la Adreese votada por 221 diputados (Marzo de 1830) que servía de réplica al discurso amenazador pronunciado por el rey en la Cámara. Esa petición, que configuraba un voto de desconfianza formal al ministerio, trajo como contra golpe fatal para la dinastía, la disolución de la Cámara, decretada en Mayo de ese año por el impopular ministro príncipe de Polignac, y un acrecentamiento de desprestigio para el régimen borbónico. En las elecciones de Julio del mismo año, en las que aumentó el número de diputados de la oposición, se percibe la presión de la opinión pública.

EN LAS BARRICADAS DE JULIO DE 1830

Durante la Restauración, la conspiración permanente para acabar con el absolutismo de derecho divino, los privilegios de la aristocracia parasitaria y el aparato institucional de la monarquía, mantuvo esa unidad de filas entre los defensores de los principios de la Revolución francesa. La oposición se coaligó para dar una respuesta armada a las ordenanzas violatorias de la Carta de 1814, las cuales implicaban un golpe de Estado absolutista llevado a cabo por Carlos X.

Las diversas tendencias adversarias de los Borbones continuaron unidas mientras estuvieron en actividad las barricadas de 1830. Pero, una vez que esas jornadas de Julio, llamadas «las Tres Gloriosas», obtuvieron su objetivo inmediato, que fue el derrocamiento de la dinastía y del poder autoritario, se suspendió el acuerdo entre los insurrectos: mientras los orleanistas apoyaban el advenimiento de Luis Felipe y la continuidad de la Carta (bajo la formalidad de una revisión moderada) los republicanos preparaban una nueva conjunción de fuerzas opositoras con tendencia revolucionaria.

Gervasio Guillot Muñoz

Mitín de Frente Único en París



Mitín de frente único, el primero que se realizará desde que el Partido Comunista y el Partido Socialista firmaron su pacto de unidad de acción contra la guerra y el fascismo. Mitín de frente único, anunciado y comentado en días inquietantes por la temperatura, y por el terror de la guerra, y por la pasión política. Así no todo son rosas en esos comentarios. Yo, pequeña espectadora casi invisible, escucho silenciosa lo que dicen los camaradas comunistas. Son muchos aquí los que hablan, entran y salen, porque vivo en casa de un concejal del Partido y es por cierto hombre de prestigio. "L' Humá", en abierto tren de cordialidad ante el gran resultado obtenido, pierde un poco el paso, se vá al otro extremo. Y entonces en los labios de sus lectores, los artículos se enriquecen de apostillas causticas. Sin embargo hay un gran júbilo, un entusiasmo sincero, una confianza absoluta en la victoria de las fuerzas populares unidas. El 31 de julio, día de la conmemoración de Jaurés, ha resultado chica la "rue Montmartre" para la masa gigantesca de los dos partidos que fueron a levantar sus banderas y sus tribunas frente al "café" du Croissant y frente a nuestro diario, cuya fachada cubierta de arriba a abajo de retratos y de símbolos era un verdadero grito de combate; y el 1 de agosto — la jornada mundial anti-guerrera — el Panteón ha sentido sacudirse sus tumbas con el atronar de pasos y de himnos. ¡Y yo no puedo ver nada de esto! Llegada de más allá del mar, de un país tan joven como yo misma, ("tu est trop jeune", "tu est trop jeune", me dicen acá todos, y

he acabado por creerlo), de un país sometido al imperialismo y atrasado donde nuestra acción comparada a esta parece sólo balbuceo de niño, yo, ávida de visiones y de hechos, tengo que quedarme encerrada, escuchando calladamente los relatos inflamados que estos franceses traen de la calle. Porque soy extranjera, y según la ley, cualquier extranjero detenido en público tumulto es devuelto a su país de origen sin otra forma de proceso. Los camaradas me cuidan y no me dejan asistir a las manifestaciones. Pero al mitín que anuncian en lugar cerrado, el primero que han de realizar conjuntamente los dos partidos, a ese voy a ir, quieran o no quieran mis oficiosos guardianes.

La expectativa hierve. Ya hace varios días que "L' Humanité" y "Le Populaire" traen en primera página el anuncio en recuadro, con la lista de los oradores, comunistas y socialistas alternados. "Todos a Bullier", ordenan en las calles los afiches pintados por miembros de la AEAR, brigada de choque del arte revolucionario. "Todos a Bullier", y la eterna lluvia del triste verano parisién, ha hecho esta noche de mitín una tregua que quizás no era necesaria para el éxito de la jornada, pero que indiscutiblemente acrecentará su alcance. El acto se realiza en la gran sala Bullier, del barrio de Montparnasse a poca distancia de los cafés y de su bohemia más o menos convencional que Lenin con tanta razón despreciaba. Vamos a pié por calles que se hacen más estrechas y más oscuras pero también más simpáticas, a medida que nos alejamos del bullicio banal

y de la agitación sin objeto de los bulevares.... «Admirable fué el cambio que la Commune introdujo en París! Ya no quedan ni rastros de la ciudad prostituida del Segundo Imperio..... el París de los bulevares, el París rico, engalanado y perezoso, reuniendo sus lacayos, sus jugadores, su bohemia literaria y sus meretrices....» Estas palabras de Marx remolinean en mi cabeza. ¡Ah, fuego radiante de la Revolución, cuando, cuándo brotarás por fin, ya inextinguible, para calcinar toda esta podredumbre que nos asfixia, para limpiar los corazones y volverlos puros, fuertes, audaces!

Así medito mientras nos acercamos al lugar del mitín. En las calles próximas a Bullier, hormiguea ya el proletariado de París, densa negra, muchedumbre, que avanza como calmarío en la sombra. Los camaradas del servicio de orden, el brazal rojo a la derecha, unidos por las manos, forman una doble cadena entre cuyos límites se desliza incessantemente la oscura ola humana. Disciplina, regularidad, organización perfecta. No se oye una palabra. Sólo el ininterrumpido martillar de miles de pasos de miles de hombres en marcha. Docenas de "flics" se agrupan o circulan junto a la masa, esperan apoyados en sus bicicletas. Los trabajadores los miden con mirada irónica: "Oh, ça ira!". Entretanto el camarada que me acompaña me guía en dirección contraria a la de la multitud. Imposible aventurarse en ese turbión. La ley francesa es brutal y hay que tener cuidado.

Llegamos a una calle retirada, y junto a una puerta que semeja la entrada pacífica de una casa de familia, el camarada parlamenta. Los de dentro parecen muy poco conformes con mi presencia.

—No es posible que todos pretendan entrar por acá!

Entonces mi guía se impacienta:

—Pero, camarada, se trata de un caso especial! Quiero hablar con el responsable.

Al fin, entramos. Al poco trecho el modesto zaguán de familia desemboca en la sala del mitín, al pie mismo del escenario, y me encuentro de tal manera en primera fila. Vastísima, resplandeciente de arañas, colgada de rojas banderas y consignas, la sala, ya repleta, arde con el fuego de los himnos revolucionarios. En las cabezas erguidas, de ojos brillantes, las bocas dilatadas dejan escapar rítmicamente las palabras de fé y de amenaza. He aquí "La Carmagnole", el viejo canto del 93, remozado para esta otra revolución en marcha.

"Oh, ça ira ça ira
Tous les bourgeois
On les pendrá!
Et si on ne les pend pas
On les cou
perá la gueule!"

Toda la masa revolucionaria, todos los que luchan y esperan, están aquí, en estas filas conmovidas por el fuerte impulso del canto. Proletarios con chaquetas de cuero negro, como si quisieran identificarse desde y á hasta por la indumentaria con los bolcheviks legendarios; obreros de París de rostro burbón, transfigurado por la emoción del momento; y pesadas caras de campesinos, caras rugosas donde parecen repetirse los surcos de la tierra, e intelectuales despeinados, orgullosos de marchar en las filas obreras; viejos, niños, mujeres cuyas frentes, tensas, devuelven como espejos ardientes el fulgor de la gran esperanza; toda la enorme multitud se funde en la brusca cadencia, en el rápido ritmo de venganza con que se precipi-

ta a buscar su último nivel el torrente musical de la canción en armas:

¡Oh, vive la Carmagnole!
La Carmagnole!
Vive le son
Du canon!"

¡Himnos revolucionarios! En París resuenan sin cesar, en los mitines, en las asambleas en las manifestaciones, en las fiestas. Son la voz misma de la Revolución, siempre alta y vibrante. Desde mi llegada he vivido envuelta y como sumergida en esa onda sonora, en ese impulso alado del combate que se transmite en armonía. ¿Por qué en la Argentina somos mudos? Recuerdo grandes, ardientes mitines en Rosario en Santa Fé, en Buenos Aires misma antes de la ilegalidad total. Eran silenciosos: terminados los discursos, la multitud que durante ellos había crepitado y llameado, se apagaba de golpe, como lámpara que repentinamente se quema. ¡Si ni siquiera sabemos repetir con cadencia una consigna como lo hacen aquí en este momento! "Les Soviets partout!" Sin duda, nos falta tradición revolucionaria, no es posible comparar esta masa, que tiene a sus espaldas la Commune y cientos de insurrecciones menores, esta masa homogénea, conciente, levantista, con los contingentes heterogéneos y todavía tan poco informados que el Partido debe educar y conducir a la batalla. Pero sin embargo, yo creo que deberíamos aprender a cantar. El canto es necesario para la lucha: calienta el corazón, embriaga como un vino fuerte y dulce. Ahora mismo la "Internacional" acaba de abrirse en el aire como una corola de fuego y yo me sumo al coro imponente:

"C'est la lutte finale,
Groupons nous et demain...."

Mientras cantamos observo el escenario decorado con la hoz y el martillo, y las tres flechas socialistas. Dos filas de jóvenes lo guardan; de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, se mantienen inmóviles como estatuas. Todos visten la misma camisa azul pálido, y llevan la insignia que alterna con matemática regularidad: un comunista, un socialista, un comunista, un socialista. Son los representantes de ambas Juventudes, encargados de la guardia de honor. Frente a ellos, arrancando desde el fondo de la sala, ciñendo a la multitud como brazos conductores, dos gigantescas consignas se ostentan sobre anchas bandas rojas: «CONTRA LAS PROVOCACIONES DEL JAPON QUE QUIERE LA GUERRA»— «POR LA DEFENSA DE LA UNION SOVIETICA QUE QUIERE LA PAZ». «Les Soviets-partout—Les Soviets-partout!», atruena junto a mí un exaltado grupo de camaradas.

Pero ya están aquí los oradores, apresurados: Jacques Ducloux, secretario de la Región París-ville del Partido Comunista, y Paul Faure, secretario general del Partido Socialista; Ramette, diputado comunista; Jean Ziromski, del C. E. del Partido Socialista, Grenier, secretario de los «Amigos de la U R S S». Permanecen un momento de pié, saludando a la masa con el gesto del frente rojo, ese amenazante saludo que lleva el puño cerrado, rígido, en posición casi hierática, a la altura de la sien. Y la sala entera se levanta con el puño derecho erguido, y

contesta el saludo con un grito unánime, que termina y vuelve a empezar, y parece levantar los techos y hacer parpadar la luz de las arañas: «Unité-d'action! Unité-d'action! Unité-d'action!».

Después comienza el acto. Hay breves palabras de apertura pronunciadas por un socialista, secretario de la circunscripción en donde se encuentra la sala Bullier. Joven, pálido, con algo de convulsivo, de ardiente en su rostro ansioso. El está por la revolución; cree que la masa se encuentra en lo cierto; que sólo se conseguirá la victoria por medio de la unión y de la lucha armada. Saluda y reverencia en la U R S S al mundo socialista. Piensa que todos debemos consagrar nuestra vida y entregar nuestra sangre si es preciso para el aplastamiento del fascismo y de la guerra, para el triunfo del proletariado. Cuando termina, el aplauso es unánime. ¿Y cómo no había de serlo si ha hablado con mayor exaltación que un comunista? Vendrá a nosotros, sin lugar a duda, me digo, abstraí-

no! Camaradas!» Y veo con asombro al líder socialista que hace una inclinación de cabeza sonriente en dirección a donde ha sonado la voz, y recomienza, lleno de complacencia: «Camaradas!» Entonces, naturalmente, se produce un estallido, gritos, aplausos, ¡muera el fascismo! ¡viva el frente rojo!, torbellino indescriptible. Por fin el tumulto se apaga, y durante largo rato escuchamos la arena que enselza el frente único como solo medio de luchar victoriosamente contra los comunes enemigos de ambos partidos y de toda la masa trabajadora: la guerra y el fascismo. En cuanto a la U R S S., ciertamente, el partido socialista no está de acuerdo con algunos de sus aspectos, pero no por eso deja de reconocer que en esa nueva sociedad no existen la desocupación, la explotación y la miseria, así como reconoce también su ardiente y sincero deseo de paz. Cada vez que se menciona la Unión Soviética, los vivos y las consignas cadenciosamente repetidas cubren rojas enseñas, en las grandes lámparas, en los

lanzarse a la garganta del enemigo. Y entonces ¡ay del fascismo!

Los dos oradores restantes, Grenier y el diputado Ramette, continúan echando leña al fuego de la excitación. El comunista, sobrio, certero, macizo como un bloc, con esa seguridad y esa precisión en el argumento y en el ataque que distingue a los soldados de la Komintern. Grenier, con un inflamado himno a la Unión Soviética, himno que se apoya en hechos, en datos recogidos por él mismo durante su viaje a la U R S S., en declaraciones de intelectuales y de obreros. País del futuro y de la esperanza, cercano para estos trabajadores muchos de los cuales lo han visitado, mas cercano todavía porque se sienten con fuerzas para crearlo sobre el suelo de Francia, saturado de sangre revolucionaria, desde la Jacquerie hasta Robespierre y el Muro de los Federados! No, el fascismo no ha de pasar aquí!

Y el mitín llega a su punto culminante. Habla Paul Faure, después del cual cerrará el acto Jacques Ducloux. Paul Faure es un viejecito arrugado como una pasa, feo como un mico, la voz quebrada, desagradable el gesto teatral. ¿Es posible que semejante homúnculo sea una autoridad máxima del socialismo francés? Habla encogido sobre sí mismo, con movimientos zurdos y trepidantes. Trepida entero como un motor en marcha, aunque sin ninguna razón aparente. Todo esto lo observo después, porque el comenzar ha pronunciado una frase tan interesante, que él mismo desapareció detrás de su frase. Algo pronunciado tan claramente y con tanto énfasis que yo lo he entendido íntegro como si fuera español. Faure ha dicho: «Nosotros, socialistas, debemos confesar que durante todos estos años no hemos hecho más que perder lamentablemente nuestro tiempo.» A confesión de parte, relevo de prueba, dicen los juristas. La sala se viene abajo. Y todo lo restante del discurso es en el mismo tono de reconocimiento de errores, y de afirmación del frente único. Usa un lenguaje casi revolucionario aunque diluido en una fuerte dosis de lugares comunes. Pero de cualquier modo, y por mas que esté muy lejos de ser un orador, la rectificación del camino, la incitación a la lucha, quedan. Y es bien suficiente.

A continuación, Ducloux. Cuarentón el parecer, fornido, con aspecto de autoridad y de aplomo. Desarrolla ante nosotros un alegato contra el fascismo, severo, implacable, esmaltado de punzante mordacidad. Aquí no hay frases de agitación. Son los hechos escuetos, el análisis más fino y mas accesible a la vez de la situación política francesa. Cuando pronuncia el nombre de Tardieu y otros líderes fascistas, toda la multitud prorroga en gritos roncós, característicos, con los que la masa francesa manifiesta su desagrado y su odio. Lo emiten prolongando los labios, y resulta una cosa como «houh», una especie de breves mugidos malignos que sobrecogen. Ducloux habla después de la próxima guerra, y luego de un sesudo desmenzamiento de sus causas y de la necesidad de defender a la U R S S., señala el camino de salvación: el frente único para la lucha revolucionaria.

Una ovación grandiosa arrebatada su última frase. Y en tanto que todos de pié haciendo el saludo del frente rojo mezclan sus gritos de vida y de muerte, desde el fondo de la sala, lenta, grave, como pesada bandera que pesadamente se despliega, la «Internacional» comienza a envolver en sus bermejos pliegues musicales el mitín que termina.



da. Pero el súbito silencio me arranca a mi imaginación, y veo en la tribuna a un hombre gordo, de cara roja.

—¿Quién es?, pregunto.
—Ziromski, —me contestan.

Ziromski inicia su discurso con la clásica palabra socialista: «Ciudadanos!». Pero no puede continuar: surgida de la masa una voz ía voz del orador. Y hay en todo, en las le interrumpe nota, cortante: «Ciudadanos,

rostros abiertos, —brillo de dientes y de ojos,— en los gritos y cantos, una atmósfera de júbilo, una especie de determinación alegre, una embriagadora certidumbre de victoria. Los socialistas especialmente buscan la mirada, sonrién, parece que quisieran decir: ¡Hace tanto tiempo que deseábamos esto! No, —me digo— aquí no pasará el fascismo. Esta masa, ahora unida y tendida hasta el límite de la voluntad como cuerda de arco, no espera más que la señal para



Guillermo Facio Hebequer

Con Guillermo Facio Hebequer ha desaparecido uno de los más vigorosos grabadores argentinos. Su notable vigor no dependía de causas puramente formales. Antes que representante de una escuela plástica era el portavoz de una corriente social en la pintura. En la propia elección de sus medios expresivos medaban preocupaciones más elevadas que las de un artista puro. No ocultaba su amor por el grabado, difícil y doloroso, pero destacó, en el ensayo "Invitación al grabado", sus valores populares y accesibles. Porque quería eso, sobre todo: que el suyo fuera arte de masas, arte comprensible para el obrero gasta en la ruda faena de la fábrica o del campo, aunque horrorizara a las chicas elegantes que frecuentan los "vernissages" de Florida.

Se precisaba valor para asumir en nuestro medio una actitud tan bárbara. ¿Qué es, en efecto, la pintura argen-

La aritmética, el ingenio y la autoridad

- El maestro** — Si aquí hay cien manzanas y yo me como setenta, cuantas quedarán?
- El Maestro** — Porque se ríe Ud?
- Pinguín** — Porque si se come setenta manzanas se verá empacchar. Vé a tener que tomar purgante.
- Los niños se destemillan.**
- El maestro** — Bueno. Ya saben que no me gustan las bromas en clase... Y ahora, por qué se ríe otra vez?
- Pinguín** — Quiere que le ponga un problema yo a Ud., a ver si Ud lo sabe?
- El maestro** — Dígalo.
- Pinguín** — En un árbol hay dos pájaros. Yo, de un tiro, meto uno. Cuantos quedan?
- Varios alumnos** ¡Uno, uno, uno!.....
- Pinguín** — (Triunfante) ¡Nó! Cuantos quedan?
- El maestro** presente que es un problema con clave, y dice:
- Queda uno, sí; pero el muerto, porque el vivo se escapa volando.....
- Pinguín** — No! No queda ninguno. Porque el muerto tampoco queda. El muerto se cae de la rama.
- Varios** — (Entusiasmados) Es verdad! ¡Sí! ¡Muy bien!
- El maestro** — (Con mal humor) ¡Basta! A ver, Ud, cuánto es 7 y 7?
- Pinguín** — ¡Setenta y siete!
- El maestro** — (Vé aguado el chiste que preparaba, y se molesta) Por no saber que 7 y 7 son catorce, escribirá veinte veces: siete y siete son catorce.

Pinguín, resignado, saca su cuaderno y comienza a escribir. Para qué protestar? El ya sabe que cuánta vez intentara lucir su ingenio con los profesores, terminaría así: con un castigo. Y piensa: los maestros son como los perros de la calle: les gusta jugar con uno, pero si uno se pone a jugar con ellos, cuando ellos no tienen ganas, ¡muerden!

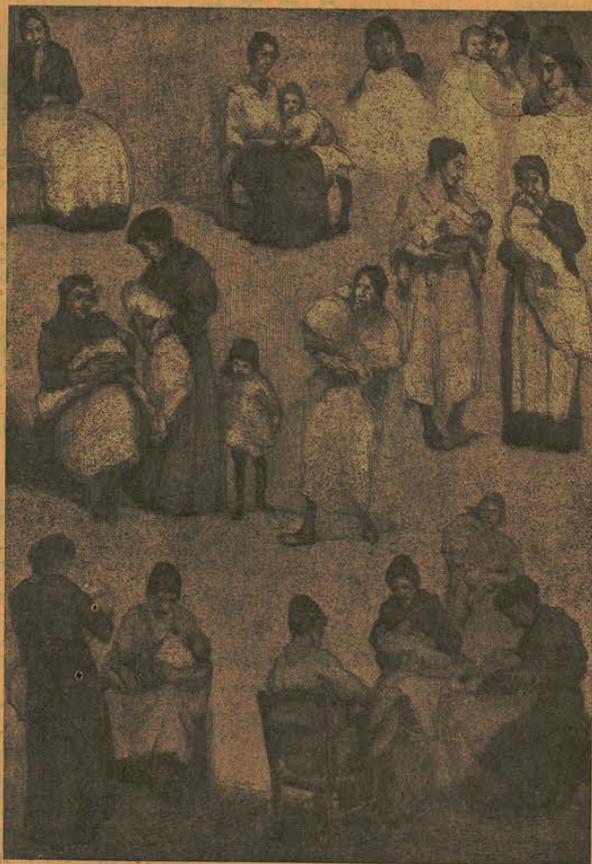
Facio Hebequer, artista del proletariado

na? Una clara mañana de 1933 — éramos los únicos visitantes en el Salón de Bellas Artes — contemplando un montón de naturalezas muertas, premiadas muchas de ellas, Facio Hebequer decía:

—Hermano, la burguesía sabe lo que paga... En esas palabras podría ceñirse una respuesta para aquel interrogante. La pintura fué casi siempre una sucesión de "lacas chinas" y naturalezas muertas. La revolución plástica de Picasso tuvo entre nosotros repercusiones de aldeas. Los "revolucionarios" mudaron el traje; pero afirmados en una teoría de arte puro miraron con desprecio la vida que pasaba a su lado. Corresponde al grupo de Facio Hebequer el mérito de haber clavado una bandera de pelea en ese ambiente artísticamente corrompido. Atendieron más al contenido de la obra de arte, a su significación. Hicieron labor revolucionaria por la temática, no por la nueva vestidura adosada a ideas reaccionarias. Con Arto — cantor de los tonos humildes del suburbio se inició esa evolución; Facio Hebequer la ensanchó, la completó y la superó por la mayor pujanza de su técnica y la humana amplitud de sus estampas.

Desde la primitiva lámina tirada con una prensa de planchar hasta "Tu historia, compañero", el arte de Facio Hebequer fué ganando en pureza, expresión e intención doctrinaria. La significación de Facio Hebequer en la plástica argentina es superior, sin embargo, a una limitación crítico-técnica, y la empujé a encerrarla en el estrecho marco de los "entendidos".

Facio Hebequer sobrepasa el clan del "artista" para transformarse en el trabajador de una causa nueva. El arte no tenía para él ninguna función librada a sí mismo, trane formado en finalidad immanente. Negación del artista. Lo verá así quienes, en supuesta independencia, babea? la leche de una indigerida cultura. Pero, a despecho de Ion "snobs", Facio Hebequer admiraba las grandes posibilidades de su arte como expresión de masas, y lo amaba por eso mismo con amor de artista — de artista que ha comprendido su misión y la pone al servicio de una noble causa. Lo veo todavía en el cuartucho destatado en que un grupo de obreros y periodistas hacíamos "Bandera Roja". Facio trabajaba entonces afanosamente y no deseaba recibir sugerencias de oscuros y anónimos trabajadores que eran nuestros más eficaces consejeros. Allí, en las bibliotecas, en los sindicatos, en su ensayo de Teatro Proletario, Facio Hebequer buscaba a la multitud y creaba para la multitud. Hay un profundo sentido en semejante actividad. Es-



Aguafuerte de Facio Hebequer

tamos habituados a una retórica de circunstancias según la cual el arte es patrimonio de minorías distinguidas. Si esto es una verdad parcial, porque grandes masas ineducadas tienen vedado el camino de la comprensión artística, ¿se deduce que ha de ser necesariamente así? Para mutación radical de la educación debe corresponderse ineludiblemente con un cambio social también extremo; pero mientras ocurre, el artista puede poner su arte al servicio de ese desenvolvimiento. Facio Hebequer es un ejemplo operante.

Entregado con fervor a la causa del proletariado, su actitud tiene, empero, una limitación tonal, para definirla en una dirección. Las reminiscencias traducidas en sus grabados revelan las influencias anarco-cristianas que actuaron en su formación mental. El mismo confesó alguna vez esa originación de su pensamiento. Su socialismo era más evangélico que militante. Y semejante estado fluye de sus estampas: contémplese "Tu historia, compañero". Facio Hebequer captaba los tonos sombríos de la vida obrera. El suyo era un proletariado doliente, aplastado por la carga trágica de la maldición bíblica. Su "pendant" literario es Elias Castelnuovo, con sus cuentos — "Timblelas", "Malditos", — los más intensos y logrados. Ambos tienen idéntica formación ideológica, igual herencia anárquica. No es su acento, sin duda, el que corresponderá a un arte cualitativamente proletario. El arte del proletariado habrá de tener una sobresaliente nota de optimismo, del consciente optimismo de una clase dueña del porvenir.

Facio Hebequer no es el "modelo perfecto" de artista proletario. No nos interesa en realidad, establecer un paradigma ni aún fijar un código al que habrían de conformarse en monótona uniformidad. No hego sino mostrar una particularidad esencial del arte nuevo de masas, infinitamente superior a toda otra manifestación de "élite" intelectual. Si en la Argentina está dando sus primeros pasos, Facio Hebequer debería ser recordado algún día como uno de sus propulsores más eficaces y entusiastas. Tuvo la rara tenacidad de empeñarse en colmar ese inmenso vacío existente entre los verbos "proyectar" y "hacer". Si por unos instantes pudo vencerlo subconscientemente la vieja formación de su ideología, Facio Hebequer la superó finalmente pensando en las masas y trabajando para ellas.

El arte nuevo — el arte de ahora que vive para mañana — pierde a quien tuvo el valor de gritar, hace ya muchos años, la primera palabra de guerrilla.

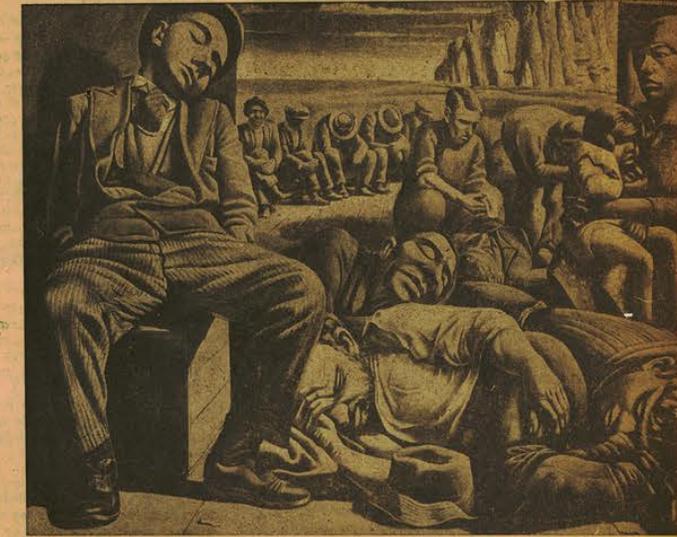
Héctor P. Agosti

Hacia una plástica revolucionaria

ALGUIEN observó con injustificable sorpresa que en el Salón de la AIAPE había naturalezas muertas y hasta alguna composición abstracta —yo siempre los llamo plásticas— de tipo cubista. Exacta la observación. Pero también se observó —y esta observación es el denominador común de las impresiones recogidas por casi todo el mundo en nuestro Salón— que el salón tenía un tono, un sentido y un acento originales, nuevos en nuestro medio. A la blandura y a la falta de un derrotero claro en la pintura que fué posible observar, que es posible observar siempre en los salones nacionales, la pintura del salón de la AIAPE oponía un contraste de instantánea evidencia. Nuestros artistas —los artistas de nuestro salón de la AIAPE— saben a dónde van, saben lo que quieren. Habrá entre ellos quienes tengan aún mucho que aprender técnicamente —¿quién no tiene algo que aprender en arte? Cézanne se confesaba un aprendiz cuando pintaba sus últimos bañistas— pero algo, en cambio, tienen que enseñar a muchos técnicos impecables. Ese algo es una alta lección de valentía artística y civil, de decisión, de energía, de juventud y de solidaridad humana. La mayor parte de los cuadros del Salón Nacional —ejemplario numeroso del llamado arte puro— sugiere la idea de los titubeos y vacilaciones que devitieron el pincel del artista antes de la elección de su tema. Pero tal cosa no sugería el salón de la AIAPE. Sus artistas —nuestros artistas— saben qué mundo quieren representar y cómo deben representarlo, tienen una esperanza clara y una voluntad firme que comunican a los otros hombres. Su arte apunta como una proa, por eso, en un sentido categorico. Su arte es lo que debe ser el arte: una expresión de sentimientos y anhelos colectivos.

Esa médula fundamental es lo que daba a nuestro salón su homogeneidad y su fuerza. Yo advertí hasta cierta unidad de color en los cuadros exhibidos. He dicho, además, fuerza; pero no he mencionado el optimismo. El optimismo es, sin embargo, la levadura de este arte, su verdadero nervio, el dinamizador interior de esta expresión juvenil de necesidad de creación y de voluntad de lucha.

La fuerza y el optimismo —presencias evidentes en el salón de la AIAPE— sugieren la presunción de que estamos ya en el camino de un arte revolucionario, esto es, de un arte en condiciones de afrontar un nuevo contenido y la expresión nueva que ese contenido impone. Su energía y su alegría adquieren un verdadero sentido de marcha hacia



Desocupación Temple de Salón de AIAPE

un territorio inexplorado frente al recuerdo de la desorientación, el desaliento y la blandura de los salones corrientes.

Fácil es rastrear en la mayoría de los cuadros exhibidos por nuestra organización en los salones del Concejo Deliberante, sus antecedentes técnicos inmediatos. La escuela de vanguardia, el cubismo y la serie de modos post-cubistas no han pasado en vano. No han pasado inútilmente, dicho sea con rigurosa sujeción al significado del adverbio. Un arte nuevo, un arte de hoy, un arte revolucionario, no puede, en realidad, tener otro origen ni proceder, técnicamente, de otras fuentes. El arte de nuestros pintores revolucionarios es una negación del arte inmediatamente anterior y una reacción contra él en cuanto a contenido; pero si aspira a ser artísticamente válido no puede desdénarlo desde un punto de vista técnico. Un proceso dialéctico realiza la concatenación histórica de las escuelas. El cubismo es una reacción contra el impresionismo en cuanto su afán constructivista niega la disolución de las cosas en la luz, médula del impresionismo; pero recoge de él su herencia colorística, y su preocupación por lo que los pintores llaman la materia.

pero el impresionismo y el cubismo tienen de común, en lo que se refiere al contenido, su andágo de despreocupación por la realidad social en que se producen. Los impresionistas y los cubistas son lo que ha dado en llamarse artistas puros, es decir, creadores de un arte que quiere ser neutral. El problema de la luz sobre el mundo y su explotación artística constituyen la preocupación exclusiva de los pintores impresionistas. La composición, el color y la materia —sus leyes, que son las leyes eternas de la pintura— son los objetivos del cubismo. ¿Qué vinculación tienen estas dos manifestaciones sucesivas de la pintura con la realidad social en que se producen? ¿Es posible discriminar en ellas algún sentido, algún significado ajeno a lo rigurosamente artístico? Si, indudablemente. El impresionismo es la pintura de los artistas del "plein air", de los artistas para cuyos ojos sólo parece existir la feliz naturaleza soseada. El cubismo es la pintura de los pintores de atelier atentos, sólo, a las leyes eternas de su arte.

¿Cuándo aparecen estas formas? ¿Para quienes se realizan? El impresionismo y el cubismo aparecen, sucesivamente, en la última mitad del siglo XIX y en la primera del XX, esto es en plena época de ascenso del capitalismo imperialista y de acumulación creciente de la riqueza en pocas manos. Un sector cada vez más restringido de la sociedad goza de los privilegios del bienestar y de la cultura. Para ese sector pintan los pintores.

Paralelamente a este proceso crece la miseria de los grandes masas y sube como una marea el descontento en que germinan los sueños revolucionarios. Pero los pequeños sectores donde la felicidad impera no quieren ver esa realidad inquietante. Cierren los ojos obstinadamente ante ella para poder gozar sin inquietudes de sus privilegios. El arte que llena sus salones y decora las paredes de sus palacios tiene la misma actitud. El cubismo, pintura de la sociedad capitalista en el período del imperialismo, en la etapa de mayor agudización de las contradicciones del régimen, en el momento de mayor acumulación de la riqueza en pocas manos, extrema a todo trance, por eso, ese aristocratismo estético que lo hace inaccesible a la comprensión de las grandes masas y esa actitud impenetrable que le valió el calificativo de arte deshumanizado. El cubismo es, en suma, lo que ya dijimos en otra oportunidad: el arte de la sociedad capitalista en la época de la decadencia.

Esta tentativa de definición del cubismo no ha sido, tal vez, bien comprendida. No significa ella, para decirlo en un lenguaje grato a muchos teorizadores, una subestimación del cubismo. Es, sólo, una ubicación en el proceso social. Negar valores plásticos y estéticos al cubismo equivaldría a negárselos a los maestros en cuyo estudio aprendieron los cubistas las leyes permanentes de su arte. Equivaldría a negárselos a Cimabue, al Giotto, a Paolo Uccello.

Un arte revolucionario no puede ser eficaz si no es, ante todo, un arte verdadero. Los artistas revolucionarios necesitan adquirir previamente, por eso, el dominio de la forma. En este sentido tienen mucho que aprender, técnicamente, de los artistas de vanguardia. Tal aprendizaje es tan necesario para su arte como la técnica industrial es indispensable al proletariado para edificar el socialismo. Gritar ¡abajo el cubismo! es tan inocente como gritar ¡abajo las máquinas! y emprenderla ciegamente contra las escuelas de vanguardia no pasa de ser un inoperante movimiento romántico y nihilista tan ineficaz como el de los luditas ingleses.

El camino de un arte revolucionario está marcado, desde un punto de vista técnico por las enseñanzas de la tradición pictórica —el cubismo y las escuelas subsiguientes inclusive— y desde el punto de vista del contenido por el drama de nuestra realidad contemporánea. El arte que persista en eludir este drama se condensa a clorosis y esterilidad. No es posible exigir desde luego a los artistas, a todos los artistas que están hoy por la defensa de la cultura y de la civilización frente a la amenaza fascista, que realicen inmediata y artificialmente un arte revolucionario. Una línea en un cuadro es la consecuencia de una larga maduración interior. ¿Cómo no lo será todo un tema y la expresión plástica de ese tema!

El salón recientemente realizado por la AIAPE nos demuestra que estamos sobre el camino de un arte revolucionario. Algunas de las condiciones indispensables para su posibilidad existen. Nuestros artistas, por lo pronto, empiezan a organizarse. Este hecho es muy significativo. Importa, ya, una comprensión de la realidad social y del sentido en que marchan los acontecimientos, en que marcha el mundo. Un noble sentimiento de fundamental y poderosa importancia el alma, el amor al pueblo, al desdorado pueblo de los estetas y los refinados, y una firme voluntad viril de instaurar la justicia sobre el mundo, dos motores determinativos de todos los grandes movimientos humanos. ¿Qué les falta? Libertarse de la visión extranjera que aún enturbia muchos ojos, ver con ojos nuestros la realidad nuestra, sentir como artistas este espectáculo de una sociedad pujante que nace de las ruinas de una decadencia y adquirir el idioma técnico adecuado. El estudio de las distintas escuelas que jalonan la historia del arte —las escuelas de vanguardia inclusive— señalan el camino de la adquisición de esa técnica en cuya posesión, es necesario decirlo, están ya, felizmente, muchos de nuestros artistas. Lo demás lo hará su identificación con el formidable drama social en cuyo desarrollo participamos.

Los escritores católicos en el Frente Popular

París, 1930. Montparnasse está abierto día y noche. Al deslumbramiento cubista ha seguido la saludable aventura del surrealismo. Todavía Day Lewis no ha dicho: «La revolución en la literatura comenzó; pero sin una revolución social será fácil y sin trascendencia.» Pero en Medán florecen los geranios: el nombre de Zola ha vuelto a oírse; el centenario del romanticismo inicia la revisión de Hugo; Charles-Louis Philippe preocupa a un grupo de jóvenes que saben que Bubú y Berta Metenier solo han cambiado de boulevard; Balzac y Daumier están tan presentes como cuando relataron y pintaron una sociedad tarada. Y ya André Malraux ha publicado «Los Conquistadores» y Luis Aragón ha abierto el fuego contra la burguesía sin renunciar a la técnica adquirida en el ejercicio del gran movimiento. Y convencido de que este se muere por ausencia de auténtico contenido social, (mientras Aragón se dirige a las plazas de los mitines y se arriesga, Dali, del grupo de Bretón, pretende seguir asustando a los burgueses dando conferencias con un pan sobre la cabeza...) Paul Valéry, académico, proclama la neutralidad del artista (cinco años después irá a adular al dictador de Portugal demostrando que la neutralidad del artista es un mito). André Gide pasea por la Avenida del Observatorio madurando las nuevas Nouritures de la conversión, buscando algo más para decir a Nathanael. Paul Morand se malogra absorbiendo por la burguesía y Cocteau lo sigue quemando en la llama azul del opio la última herba dorada de un talento desmelenado. Los «dreyfusards» han envejecido. Los debates de «la Unión pour la Verité» languidecen. Pero cierta gente comienza a comprender que, como en las grandes épocas creadoras de la historia es necesario que arte y literatura vuelvan a vincularse al hecho social. Rusia, por un lado, glorificando a sus artistas, resucitando el teatro, adquiriendo la obra pictórica que ya los burgueses de París no quieren y el fascismo triunfante en Italia y naciente en Alemania por otro lado, ya dan que pensar a París. Un hombre incansable, grita por encima de la tormenta: ¡Defendamos la cultura! Es Henri Barbusse. Pocos le oyen. Algunos se sorprenden. Entre estos figura, sin duda, un escritor cuyo nombre ejerce cierta influencia fuera de Francia. Se sorprende porque cree que solo los que piensan como él deberán cuidar de la herencia cultural. Es el neo-tomista, Jacques Maritain. Cree que el peligro está en Moscú y no en Roma.

de mañana. El fascismo ha levantado hogueras en Alemania para quemar los libros de Heine, Marx, Engels, Einstein, Mann, Brecht, y ha decretado la esterilidad de la fuerza creadora italiana. Por sobre todas las creencias e ideologías y en nombre de la dignidad del pensamiento proclamemos nuestro antifascismo y organicemos la lucha.

LA LUNA CON GATILLO

París. Palais de la Mutualité. Barbusse tiene aún un cigarrillo entre los labios pero su sonrisa es nueva. No está solo. Lo más brillante de la intelectualidad del mundo lo acompaña. Está a su lado Gide, entre el humo y la ceniza, ceño fruncido, mano nerviosa. Está el saludo de Gorki. Está Heinrich Mann, el desterrado. Está Tristán Tzara, leader del artepurismo que va a reclamar una poesía revolucionaria. Está Michael Gold y detrás de él las tres Américas. Está el mensaje de Romain Rolland, sobre la mesa, al lado de las adhesiones calurosas de Valle Inclán, Machado, Azorin. Está Egon Edwin Kirsh, impetuoso, Anna Seguers, valiente, Bloch, definido, Gehennu, furioso, Bert Brecht, el de la Opera de Cuatro Centavos, autor de himnos obreros formidables. Está Siao, el chino, y Cayton, el poeta negro que trae la palabra de Langston Hughes, y detrás de ellos el corazón despierto de las llamadas razas inferiores. Está Cassou, el universitario y Anderson Nexo, el proletario. Están, entre el pueblo de las plateas, algunos viejos profesores célebres y muchos antiguos dreyfusards. Están los delegados soviéticos Tolstoi, Pasternack, Panferov, Ivanof, Babel, Choholov, Erembourg, representantes de un mundo nuevo, estrechando las manos de centenares de intelectuales alemanes, italianos, búlgaros, polacos, portugueses, latinoamericanos desterrados y perseguidos por los fascistas enemigos de la cultura. París arde por el ilustre costado del Barrio Latino. En el Palais de la Mutualité nace la Asociación Internacional de Intelectuales para la Defensa de la Cultura. Y el día 27 de junio los representantes de la intelectualidad del mundo tributan a Barbusse un homenaje de gratitud mientras el pueblo entona La Internacional. Tristan Tzara exclama: «Este congreso tendrá para la próxima revolución la importancia que tuvo la Enciclopedia para la Revolución Francesa.» Solo algunos pocos quedan todavía por encima de la pelea.

DEL COSTADO DE LA REPUBLICA

París. Plaza de la República. Medio millón de ciudadanos desfila. Desde las ventanas miles de personas que agi en banderas y aplauden reconocen la presencia —nunca registrada hasta este momento en un mitin popular antifascista y revolucionario— de los mas grandes escritores de Francia. Pero no desfilan únicamente los que asistieron al Congreso memorable, los Gide, Malraux, Aragón, Bloch, Barbusse, Tzara, Guehenno, Cassou, Shamsom, Vaillant Couturier, Cremieux, tantos otros. Hay



caras nuevas. El pueblo de los balcones descubre a Breton, el empecinado surrealista que marcha con Eluard, y los que quedan de su grupo. Descubre a Jules Romains que acaba de incorporarse al Frente Popular ¡A la izquierda o a la derecha! ¿Quiénes son los intelectuales franceses que faltan? Morand, Ferrere, Cocteau, la Rochelle y los demás, que observan los movimientos de los veinte mil mercenarios de La Rocque bajo el Arco de Triunfo. No nos importan. Aquí está lo mas grande y lo mas prometedor de Francia. Aquí hay escritores, músicos, pintores, profesores. Langevin y Leger, (hace poco Picasso ha firmado un manifiesto reclamando la libertad de artistas alemanes el fascismo hitleriano; Picasso tampoco está con «ellos», Maclair lo llama «bolchevique...»). Desnós y Gaillard. A la izquierda o a la derecha ¿Quiénes son los que faltan? Paul Valery prepara las maletas para ir a Portugal a halagar los oídos de Oliveira Salazar. No pudo mantenerse en la dichosa actitud apolítica de que tanto alardeaba y peor para él si prefiere ir a estrechar las manos de los enemigos de la cultura. ¿Es acaso su obra tan viva como la de Gide, Jules Romains, Romain Rolland, por otra parte? La Plaza de la República cuyas calles están desembocando en todos los caminos del mundo arde en un espectáculo grandioso. El pueblo de los balcones descubre ahora a Jacques Maritain y su amigos que pasan en un automóvil haciendo hacia los costados, hacia las tribunas, hacia la muchedumbre, un nuevo saludo: se persignan primero y luego levantan el puño cerrado.

LA ROSA BLINDADA

La barbarie fascista había estremecido al hombre que, equivocado o no —equivocado seguramente para nosotros, anacrónico, en su pretensión de querer resolver los problemas de la hora con Santo Tomás— vela en el catolicismo la fuerza capaz de salvar al mundo. Y este hombre, sin renunciar a sus creencias comprendió cual era el deber de todo intelectual honrado. Un día dos caminos se abrieron para él al salir de su casa. El uno llevaba hacia la plaza de la Estrella donde el coronel La Rocque iba a animar la llama por orden de la alta finanza, el clero cómplice, la burguesía desesperada y putrefacta, las fuerzas negras del fascismo que quema libros, destruye obras de arte y destierra y mata intelectuales. El otro llevaba hacia la plaza de la República, donde en el 89 cayó la Bastilla y donde el pueblo iba a declarar la guerra abierta a los asesinos de la libertad y de la dignidad del hombre. Maritain se dirigió a la plaza de la República. Allí, al pasar frente a los balcones y las tribunas él y sus amigos se persignaron primeramente y luego hicieron el saludo del Frente Popular, combinando la señal de la cruz con el puño levantado en alto. Así quedaron incorporados a la lucha contra el fascismo.

¿Qué piensan de la actitud de Maritain los escritores neocatólicos de la Argentina? ¿Y los otros, que se creen por encima de la pelea? ¿La actitud del leader no suena como un tremendo aldobazon en sus oídos? ¿No suena como un tremendo aldobazon en sus oídos cristianos? Vengo a traerles guerra y no paz, dijo Jesús.

La mano que tranquiliza el espíritu se hace luego puño cerrado porque el hombre que gobierna la mano está sobre la tierra y en la tierra se juega el destino del hombre. En la señal de la cruz puede estar la rosa pero la flecha varonil parte del puño. Que la rosa perfume vuestra intimidad, pero tened tensa y despierta la flecha.

Los intelectuales auténticos, por sobre todas las creencias e ideologías deben alistarse en la cruzada intelectual contra el fascismo y luchar por el Frente Popular. La llama que hay que animar es la del ímpetu revolucionario que iluminó las grandes etapas creadoras de la historia. Sólo los cretinos y los mercenarios se quemarán en la otra, ya vacilante, entre la sangre y el lod.

Raúl González Tuñón

El movimiento intelectual de izquierda en E.E. U.U.



Prosperity 1935
Foto de
Liborio Justo
Salón de la AIAPe

Expresión del violento despertar de la conciencia social norteamericana, a consecuencia de la catástrofe económica sin paralelo por la que atraviesan los Estados Unidos desde 1929, es el grandioso movimiento de ideas, sin duda el mas notable de nuestra época, que presenta el país que, hasta hace poco, aparecía en una lastimosa situación de atraso en el terreno ideológico. Se ha dicho con razón que el próximo ciclo cultural se desarrollará en América. La crisis en los Estados Unidos, poniendo fin a una situación artificial creada por la «prosperidad» capitalista, ha provocado el surgimiento de formidables problemas, para resolver los cuales el cerebro del norteamericano ha comenzado a pensar. Y violentamente, ayudado en ello por el mas formidable ambiente creado por la mano del hombre, Estados Unidos está pasando ahora a la vanguardia en el terreno del pensamiento, como ya lo estaba antes en el terreno de las conquistas materiales.

Los intelectuales norteamericanos han abierto sus ojos ante los problemas del mundo y han tomado su posición frente a ellos. El resultado ha sido una general convergencia hacia la izquierda, particularmente destacable en un país que hasta ahora no podía presentar muchas figuras importantes en ese sector.

Los artistas y escritores revolucionarios se han agrupado en los «John Reed Clubs», con filiales en las mas importantes ciudades del país, los que tienen por lema «El arte como arma de clase». Los profesionales han formado los «Pen and Hammer Clubs», especialmente en Nueva York. En estos clubs se dan conferencias, se plantean discusiones y se organizan exposiciones. Además en los primeros se han creado academias con cursos sobre pintura, escultura, dibujo, cartón (dibujo político), literatura, periodismo, reportaje, etc. Los pintores miembros de los «John Reed Clubs» envían a los salones oficiales cuadros colectivos sin firma, que son siempre una de las notas destacadas de los mismos. Cada uno de los filiales de estos clubs publican sus propias revistas, entre las que se destacan: «The Partisan Review», de Nueva York, «The Left Review», de Filadelfia, «Left Front», de Chicago, etc.

Entre las publicaciones de izquierda, además de las directamente partidarias, están en primer término los dos antiguos semanarios liberales: «The New Republic» y «The Nation», que tienen amplia difusión en todo el país. Enseguida la conocida «New Masses», una de las mejores en su género en los Estados Unidos, la que desde el 1.º de Enero de 1934 aparece semanalmente con una circulación de 25.000 ejemplares. El grupo editor de esta revista está así compuesto: Michael Gold, Eugene Gordon, Granville Hicks, Orrick Johns, Joshua Kunitz, Russell T. Limbach, H. Michelson, Joseph North y W. Randolf. Luego «Modern Monthly», una

interesante publicación mensual de tendencia trotskista dirigida por V. F. Calverton y Max Eastman. Después vienen multitud de otras de izquierda, que como las anteriores aparecen en Nueva York, y de las que citaré las mas importantes: «The Monthly Review», «Arise», publicada por los artistas socialistas del grupo Rebel Arts, «New Theatre», «Fight», «Survey Graphic», «Soviet Russia Today», «China Today», «Social Worker Today», «Labor Unity», «Unemployment Insurance Review», «The Anvil», «The Bulletin of the Federation of Architects, Engineers, Chemist and Technicians», etc.

James T. Farrell - «Young Manhood of Studs Lonigan», Grace Lumpkin - «To Make my Bread», Williams Rollins - «The Shadow Before», Edward Newhouse - «You can't steep here», etc. Estas son las obras de los autores mas prestigiosos que han tenido mayor éxito en los últimos años. Podría además citar el nombre del poeta negro Langston Hughes, del reporter John L. Spivak, del crítico literario Granville Hicks, etc. Nuestro conocido Waldó Frank publicó el año pasado su última novela «La muerte y el nacimiento de David Markand».

Hay dos artistas que dominan la escena norteamericana en tal forma que sus nombres llegan hasta el pueblo: Diego Rivera y José Clemente Orozco, especialmente el primero. Ambos han decorado gran número de edificios en diversas ciudades de los Estados Unidos. Los trabajos de Rivera han sido recientemente en reproducciones en un libro titulado «Portrait of America». D. A. Si queiros, a quien encontré en Nueva York durante los primeros meses de mi estadía en esa ciudad el año pasado es considerado en Estados Unidos principalmente, por formar parte del grupo de los pintores mejicanos. Es el mas prestigioso pintor del país es Thomas Benton, quien ha decorado una sala de la «New escuela de Investigaciones sociales», y no desperdicia ocasión de atacar a los mejicanos declarando que solo su arte puede representar a los Estados Unidos.

Entre los dibujantes se destacan Art Young y el notable «cartonista» Jacob Burk, el mejor del país, cuyas producciones aparecen diariamente en el «Daily Worker», el órgano del partido Comunista, se han popularizado por todo el mundo. También merece citarse Russell T. Limbach, de «New Masses».

La AIAPe apoya el Frente Popular

En la reunión del lunes 23 de Diciembre la Comisión Directiva de la A. I. A. P. E. resolvió apoyar la formación del Frente Popular en la Argentina, motivo por el cual dió el siguiente manifiesto:

El Frente Popular en Francia, que encabeza la lucha mundial contra el fascismo, ha promovido en otros países movimientos de masa con el mismo fin.

Correspondía a los intelectuales franceses esa iniciativa. Más cerca de los hechos, y indiscutible agudeza crítica podía valorarlos mejor. Tenían tocando sus fronteras, los ejemplos sombríos del fascismo y del nazismo, verdaderos cenizas donde se va hundiendo, lento pero seguramente, la conciencia de una cultura que en otro tiempo hizo magnífica a Italia por su arte, admirada a Alemania por la autoridad universal de sus hombres de ciencia.

El triunfo del fascismo en Francia hubiera sido de más desastrosas consecuencias, aún, porque Francia es hoy depositaria, y desde hace tiempo, de la cultura universal, cultura que había que salvar a toda costa de la catástrofe.

Eso nos explica la decidida intervención de los intelectuales y la formación del «Comité de Vigilancia», que supo dar todo su valor a este llamado de angustia: cultura amenazada.

Que otra cosa, que hombre amenazado significa esto?

Negar la cultura, primero, destruirla, después, es hacer del hombre lo propio.

Por el hombre mismo: he ahí el fundamento de la voz de alerta de los intelectuales franceses, que pocos meses después asistían al magnífico espectáculo de la unión de todas las izquierdas que ha salvado a Francia de la derrota del fascismo.

El camino a seguir nos ha sido ya señalado.

En la Argentina, el fascismo, sostenido por oligarquías de terratenientes aliados del capitalismo imperialista y a la burguesía industrial, significa para nuestra cultura incipiente lo mismo que el fascismo de las grandes potencias: negación y destrucción de cultura, negación y destrucción del hombre.

Contra el fascismo, pues, y por la defensa de la cultura amenazada, nos hemos agrupado en A. I. A. P. E. (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores).

Hemos comprendido, desde el primer momento, que la lucha contra el fascismo había que llevarla al campo de las masas. Durante meses, hemos seguido con afán las tentativas serias de unificación democrática antifascista: de obreros, estudiantes, partidos políticos populares.

Esas tres grandes fuerzas tienden a unirse para luchar con firmeza contra el enemigo común el fascismo (oligarquía de terratenientes, y capitalismo imperialista, burguesía industrial).

El Partido Socialista ha dado un paso decisivo invitando a la formación del ansiado Frente Popular. El tendré inmediatamente a su lado, desde luego, a la parte mas conciente y mas combativa del proletariado: capaz de gravitar en la dirección de todo el movimiento obrero, a los estudiantes de todo el país, a partidos políticos como el Demócrata Progresista y el Comunista y a todos los intelectuales de izquierda.

El Frente Popular debe conquistar, también, a la clase media y a los pequeños productores cuya segura actual no hará mas que convertirlos en las primeras víctimas del fascismo. De esta conquista depende el rumbo que con respecto al Frente Popular siga el más poderoso de los partidos políticos: la Unión Cívica Radical, en el que algunas voces autorizadas ya lo proponían.

El Frente Popular será invencible si hay claridad de visión entre sus componentes y decidida unidad para la lucha.

El Frente Popular es hoy por hoy la única esperanza de derrotar al fascismo, que vé por la huella de la muerte social, de la guerra y del hambre, es la única fuerza que puede oponerse con éxito para la defensa de la cultura.

Por eso A. I. A. P. E. apoya el Frente Popular que se está formando en la Argentina y se dispone a colaborar para que sus compañeros los intelectuales, artistas, periodistas, y escritores se unan en la lucha de masa contra el fascismo.

Recién se inicia el teatro revolucionario en los Estados Unidos. El país que había dado a Eugene O'Neil, creador de obras de valor en ese sentido. Los últimos años han sido testigos de su nacimiento renovador y vigoroso. En 1933 logró atraer la atención una obra sobre los negros de Scottsboro titulada «They Shall not Die» (No morirán) de John Wesley. Mas tarde se formó el grupo Theatre Union que puso en escena las notables obras siguientes: «Peace on Earth» (Paz sobre la tierra) de George Sklar y Albert Maltz, «Stevadores» (Estibador) de Paul Peters y George Sklar, y «Sailors of Cattaraugus» del exilado alemán Friedrich Wolf. «Stevadores», que ha sido el mayor éxito, es, como obra de teatro y como propaganda revolucionaria, de un valor y una dramática extraordinarios. Su tema versa sobre un episodio de lucha entre los trabajadores negros en los muelles de Nueva Orleans, habiéndose representado mas de 400 veces en Nueva York con un elenco de actores de color. Seguramente ha de quedar como una de las obras representativas de nuestra época.

Dentro del terreno de la sociología y economía, citaré las obras de mayor resonancia aparecidas en los Estados Unidos en los últimos tiempos: «The coming struggle for power» (La próxima lucha por el poder) del inglés John Strachey, «Technics and Civilization» por Lewis Mumford, «The robber barons» por Matthew Josephson, «The decline of american capitalism» por Lewis Corey, «Merchants of death» (Mercaderes de la muerte) por H. C. Engelbrecht y F. C. Hainighen, referente al negocio de los fabricantes de armamentos; «Fascism and Social Revolution» por el dirigente del partido comunista inglés R. Palme Dutt, sin disputa el mas notable estudio sobre el fascismo publicado hasta el presente, etc.

Haber vivido la vida intelectual de Nueva York en nuestros días, es, a mi juicio, el mayor privilegio a que puede aspirar un hombre que piensa. Y, como lo he dicho en otra oportunidad, allí están fermentando las ideas que conducirán, en el futuro próximo, el curso de los acontecimientos.

Liborio Justo

De la autonomía a la dependencia

SABIDO es cuán difícil y laborioso resultó el advenimiento reformista.

Las luchas que culminaron en 1918 con el más importante triunfo estudiantil vinieron precedidas de largo guerrar y de sacrificios sin cuento. Obtuvose conquistas que mejoraban indiscutiblemente la situación estudiantil y la de la propia Universidad. Tales la docencia libre, la libre asistencia a clases, el control activo de los alumnos sobre el gobierno universitario, el concurso obligatorio para provisión de cátedras, la extensión universitaria, etc., etc.

Por supuesto que las mencionadas conquistas fueron verdaderos botines de guerra arrancados por la "revolución universitaria" a la reacción. Nunca se dio el caso de obtenerse por generosa y voluntaria dación de un consejo académico.

Si ya en aquellos entonces dichos consejos —creados en Córdoba por Birmester para impulsar la investigación científica— ponían el peso de su gravitación en la rancia política de círculos de familia y apenas el indispensable soslayo sobre lo docente y científico, no puede asombrarnos que hoy los consejos directivos, órganos del poder político universitario, sistematicen y armonicen entre sí acciones de claro sentido oligárquico y anticultural. Este motivo hizo que a nadie tomara de sorpresa la creación de un consejo consultivo de las universidades, cuyo fin es poner virtualmente en manos del poder ejecutivo nacional la ruma del control básico de la enseñanza superior, decidiendo sobre la economía universitaria al distribuir subsidios, etc. Y resulta perogrullada repetir que sin libertad económica es utópica la autonomía propia.

No está fuera de lugar recordar aquí que el mismo Avellaneda en ocasión de sostener en el senado nacional su proyecto de ley aceptaba como básico el principio de autonomía, haciendo notar que «desde que nosotros tenemos cuerpos universitarios, por lejos que nos remontemos, y aún hasta la época de su fundación, bajo el imperio de los reyes y virreyes, nuestras Universidades siempre fueron autónomas. Esta es nuestra tradición mantenida aún en las épocas más esclavas.»

Detenemos la atención del lector sobre el problema de la autonomía universitaria en razón de creer que su comprensión esclarece con especial nitidez otras cuestiones capitales.

Mas antes de proseguir es conveniente tener presente, como punto de referencia, la tendencia al centralismo dictatorial, fiel reflejo del monopolismo económico, que caracteriza en esta época a los gobiernos: tendencia que no perdona autonomías así sean estas universitarias.

Expresión superior de la sociedad, no podría librarse la Universidad de las transformaciones que sufre aquella ni encamarse por sendero propio, independientemente de la marcha del mundo. Autónoma la Universidad, los gobiernos tendrían que contemplarla como un importante sector de la realidad social aislada de su influjo político e impermeable a sus designios. Tal supuesto no se verifica en la práctica, al menos durante mucho tiempo. Un terminante ejemplo lo constituye la Universidad de La Habana. Derrocada la dictadura de Machado, el estudiantado cubano impuso con su lucha la autonomía. Transformóse con tal motivo la Universidad en bullicioso y pujante centro vital de la nación en su lucha emancipadora, cuando sobreviene el auge político de Batista y de Mendieta a impulsos de la diplomacia del embajador Caffery. Entonces la Universidad, en goce de autonomía, llega a ser de los más serios enemigos del imperialismo y del despotismo y uno de los mayores y más importantes centros de liberación nacional de la isla. Batista tiene que liquidar esta situación para dar cumplida respuesta a los compromisos contraídos en el norte. Mediante un avance militar penetra en la Universidad, arrasa las posiciones estudiantiles e instala en ella un cuartel. Terminó la bota con la autonomía y con la misma Universidad.

El caso cubano es típico de la pérdida violenta de autonomía por la fuerza de la reacción. Sin embargo no siempre se cumple el proceso en esa forma.

Desde muchos años atrás, pero particularmente desde 1930, la reacción no ha cesado

de asestar golpe tras golpe a las libertades fundamentales, a las instituciones representativas y a la Universidad. Paulatinamente han visto menoscabarse las altas casas de estudio el ejercicio de la cierta libertad que poseían en forma paralela al aumento de los embates enfilados contra la garantía estudiantil de dicha libertad, es decir, la representación del alumnado en los consejos.

La historia es terminante en ese sentido. Sin vigilante ingerencia estudiantil no habrá en la práctica esa relativa independencia universitaria del poder central.

Con las manos puestas sobre la economía universitaria y sin participación estudiantil, el gobierno nacional podría manejarse sin muy grandes temores, seguro de haber transformado la autonomía en dependencia. Y si esta transformación logra llevarse a cabo «legalmente», sin despliegues militares como en Cuba, ni cruentas acciones contra la resistencia estudiantil, entonces el fruto obtenido podrá ser sobornado con más tranquilidad.

Para la reacción se trata ahora de encontrar los caminos que sin dejar de conducir al fascismo orillen en lo posible la protesta de los jóvenes y del pueblo en general.

Ese es el motivo por el cual, entre otros, se eligió la presente época de exámenes y en vísperas de vacaciones, para que el procurador general de la nación, doctor Juan Alvarez, produjera su dictamen acerca de los estatutos de la Universidad del Litoral. No está el núcleo fundamental de este dictamen en ninguna de sus consideraciones jurídicas, todas inconsistentes, sino que hay que buscarlo en su afán político anti-reformista y anti-autonomista.

Tilda el procurador de «maniobra política encabezada por grupos extremistas» a la representación estudiantil ante los consejos directivos. Aceptada la peligrosa extensión de dicha representación no hay más que dar un paso, apoyado en la ley Avellaneda de 1885, para teñir de legalidad el último zarzapalo a la autonomía. No pudo ocultar su intención el doctor Alvarez. Excediendo los límites antiestudiantiles de su dictamen ataca a fondo a los propios profesores titulares embretándolos dentro de la categoría de funcionarios de estado y como tales deben ser nombrados y removidos por el Poder Ejecutivo.

En posesión de las fuentes económicas, era inevitable proyectar la sujeción directa de los docentes y de toda la Universidad, después de haber aplastado teóricamente al alumnado.

Los restos de autonomía se desvanecen; la Universidad es transformada en esmirriado apéndice del Estado, como en Alemania, Italia, Polonia.

No fué necesario un Batista sino un doctor Alvarez, aunque por ahora los sueños de apelar el estudiantado... sueños son.

Enrique A. Puccio

Amor - Buenos Aires - 1935

Mujeres. Mujeres y hombres. Sobre los ciento ochenta y cinco mil metros cuadrados de la ciudad de Buenos Aires, hombres y mujeres. A su alrededor, resacaños y micro-ómnibus, enfermedades venéreas, prejuicios y affiches electorales. Son muchas las cosas que los rodean. Tantas que han terminado por apartarlos. Ya casi no se pueden ver las caras. Cuando quieren acercarse, extienden las manos hacia adelante, como los ciegos. Hasta tocanse. Pero entonces se despegan rápidamente, como si se hubiesen quemado. En la ciudad de Buenos Aires, quinientas mil mujeres, quinientos mil hombres. No se hablan ni se tocan. Se miran apenas. En la ciudad de Buenos Aires, jovencitas que se masturban.

(Nuestro amor, que era tan grande, ¿sabés?, ellos lo han empequeñecido. Quisieron adaptarlo a la moral, su moral menguada. Tan inmenso que era! Un trozo del mundo, el mundo mismo! Nuestro amor, que no sabe de límites, encerrado entre los muros húmedos de los intereses creados. El barco dentro de la botella).

El Sr. Jefe de Policía publica un informe sobre revistas pornográficas: "...a pesar de los obstáculos que se le oponen han alcanzado un tiraje de ...". Quinientas mil mujeres, quinientos mil hombres. El ex-Comisario de Ordenes, Alzogaray, escribe: "Casos de prostitución tolerados por la policía...".

A continuación, varias páginas repletas de nombres y direcciones.

Siendo a la una de la madrugada, Cafetín de Leandro N. Alem al 600. El, sentado a una mesa, paladea un café inofensivo. 90 años. Ella, 38. Obrecimiento breve, rematado por un gesto obsceno. Salen del brazo. Es un romance 1935. Mientras tanto las jovencitas se masturban.

(Para tu amor y mi amor, el desamblar sin rumbo, la maldición bíblica. El beso urgente y angustiado, la caricia temerosa. Para la pureza de nuestro amor-alma y carne, sol y tierra - las piezas de los hoteluchos, y las miradas canallas de los mozos, y las caras largas de tus familiares. El índice amenazador, la sonrisa burlesca, el comentario hiriente. Para nuestro puro amor la infamia).

Amor de Buenos Aires. Amor de las plazas de Buenos Aires. 12.30. Roberto y Luisal en un banco con verde y sol, cabezas juntas y manos entrelazadas. Medio hora más, y volverán a la librería, que los espera enfrente, inmutable. El perfume de su cuerpo hace olvidar el almuerzo menguado: salame agrio y fruta descompuesta. El beso la sorprende, sacudiéndola. La sombra del agente de policía. Su gesto implaceable de censor de poca monta. La MORAL, con mayúsculas y de uniforme. "Su nombre... Documentos... A mí no me diga que yo los ví... A estas horas... A TENTADO A LA MORAL. Me van a acompañar a la...". (Amor de Buenos Aires) pobre, humillado, amargo amor!

(Amor a tientas: Amor irrealizable. Ellos se miran, se hablan, se poseen. Pero no se conocen. Están ciegos, ciegos en la noche,

ciegos a través de su sexo ofendido, escamoteado. Irremediablemente ciegos).

Gran cine moderno. En la pantalla una greagarbo cualquiera esquiva estúpidamente la entrega definitiva ante el galán apremiante. En la veintava fila, el acerca una mano prudente y acaricia el seno de su compañera. Al lado, la madre. En derredor, las cabezas negras forman un marco confuso. La mujer de la pantalla parece ceder. La de la veintava fila siente la mano de él bajar por su cuerpo ardoros. LUZ. Están en la calle, aturdidos, las orejas rojas, el cuerpo lacio. Se separan. El se dirige al prostíbulo más cercano. Esta noche ella se masturbará rápidamente, con los ojos fijos en la estampa de Ronald Colman. (Yo te amo. Voy a contemplar tu cara querido, pero las sombras curiosas se interponen. Tomaré tu mano, quiero sentir tu calor, pero yá los otros nos miran. Buscaría una vez más, con mis labios, la ruta de los tuyos. Pero ya surge el guardián del pudor burgués: ¡Atentado a la moral! No flores, no preguntes porqué nuestro amor es triste).

La mujer cerró la puerta, y con un rápido movimiento hizo deslizar la tela de su cuerpo, piel lisa y blanca, y ahí abajo, como nota fuera de lugar, la mancha de pelos negros. De nuevo se sintió extrañamente desconchado. Frío... Ahora tenía los labios sobre el cuello empolvado de la mujer, y una mano sobre el seno. Recordó las palabras del médico: "...Usted necesita una mujer. Le hablo como hombre, me entienda". La poesía está bien, amargo, pero usted necesita deshoganse". Cuando ella lo miró extrañado, se sonrojó, se había abstraído completamente. Ensayó una sonrisa falsa: "¿sabés, querida?" "¡Vamos pibe, apurate!". Se vistió y salió a la calle. Frío. Frío...

(Como iba a tener un hijo, la abandonó y tuvo que tirarse al Riachuelo).

Dicen que cuando la sacaron pesaba mucho...

Se negó a casarse, porque no ganaba más que 160 pesos. Una miseria, según la madre. Sin embargo, salen juntos...

La chica tenía un cuerpo espléndido, a pesar de sus trece años. Se explica: el cine... Le pegó un balazo en la boca porque no quiso correspondarle. Luego, se ahorcó).

Sobre los ciento ochenta y cinco mil metros cuadrados de la ciudad de Buenos Aires, mujeres y hombres. En los rostros, la sonrisa burla, la mueca procaz. En las bocas, las palabras respetuosas o groseras. Adentro, el instinto sexual contra las vísceras con garras de acero. El instinto que atrae y la conciencia que repele. En Buenos Aires, las mujeres leen a Delfo y Amado Nervo y van a la iglesia. Los hombres llenan las canchas de foot-ball y compran revistas pornográficas.

(Amor frustrado. Los zaguanes semi-ocultos, los penumbrosos cinematógrafos. Bancos de las plazas. Cuadras arboladas y discretas.

Amor frustrado para las innumerables "demi-viejes" de Buenos Aires. Síbanas manchadas. Camino para MATADEROS y SAN FERNANDO. El bar dentro de la botella.

Amor frustrado.

(No es que nuestro amor deba ser necesariamente triste. Pero, tú lo ves, lo sientes. Cada alegría que viene a nuestro encuentro, es enturbiada por infinitos pequeños dolores miserables. Tribulaciones y sarcasmos, para nuestro puro amor. No, no es que deba ser necesariamente triste. Pero, tú lo ves...).

En la ciudad de Buenos Aires existen 50.000 desocupados y hubo un Congreso Eucarístico Internacional. En Buenos Aires está la farmacia más grande de South América, el teatro más grande de South América, la cancha de foot-ball más grande de South América, y hay más prostíbulos y mendigos que en cualquier otro país de South América. Hay una huelga de los albañiles, una SECCION ESPECIAL CONTRA EL COMUNISMO, y Enriquepamaroni le hace versos a la virgencita de Pompeya. A través de la ciudad de Buenos Aires, quinientas mil mujeres y quinientos mil hombres se miran sin hablarse ni tocarse. Y las jovencitas se masturban.

(Ellos han enturbiado nuestro amor, amiga. Tú sabes: el barco dentro de la botella. Ellos han jugado cruelmente con nuestro amor. Tú lo sientes. Por eso es ácido como las humillaciones que no hemos merecido, triste como el pasado al que damos la espalda. Hemos conocido el amor ácido y triste. Porque al amor sonriente sólo existe en el país del porvenir. En el país que construimos para tu hijo, nuestro hijo. Sólo él podrá realizar el amor que en nosotros quedó trunco, en la ciudad de los prejuicios y las enfermedades venéreas.

Amor de buenosaires. Amor en la ciudad turbulenta y falsamente alegre.

Amor turbio, sin semilla ni cantos. Mercado del amor en todas las esquinas y una iglesia en cada barrio. Amor fracasado y triste. Amor sin amor de buenosaires. ¡Pobre, humillado, amargo amor!

Alfredo Varela

Intermezzo a la sombra

Un sótano del Palacio de la Liga de las Naciones. Muy poca luz - Algunas arañas.

Laval - Borgogna?
Hoare - Thank you: whisky (saca una botella de su pernamo)

Laval - Es la falla de vuestra política: llevar el whisky a todas partes, - Me temo que vuestros soldados no invadirán un país si antes vuestros comerciantes no hubiesen allí exportado el whisky suficiente.

Hoare - Quizás, pero nos conformamos con beberlo nosotros. Vuestro pueblo, en cambio es más partidario de hacer beber el borgogna a los demás.

Laval - Es tan malo?

Hoare - Admito que no: pero no podéis con vuestra vanidad. Si el mundo no adulara a Francia, os moriríais de envidia. Necesitáis el acatamiento de los demás. La prueba? Vuestras mujeres: a fuerza de luchar por la adulación visten mejor que las inglesas; pero no valen más.

Laval - Sir Samuel: vos no conocéis a las francesas.

Hoare - M. Laval: vos no conocéis a las inglesas.
Laval - Bien: no vamos por ésto a romper la amistad anglo-francesa.

Hoare - Que miedo le tenéis a Hitler!

Laval - También ha llegado a vos ese ventículo?

Hoare - Os ruego que no me habléis en italiano.

Laval - Perdón: no quise haceros recordar a Benito.

Hoare - Detesto a ese hombre. ¡Jugar conmigo, el Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña!

Laval - La culpa es vuestra. Por qué no haberle dejado las manos libres en Etiopía?

Hoare - Y el lago Tsana? Y el Egipto? Y la libertad de mi reino para viajar sin pedir permiso hasta la India?

Laval - Pero si Benito no quería tanto! El se se contentaba con desviar hacia África

el puño amenazante de los hambrientos, la indignación de los tenedores de títulos a quienes no había yá con qué pagarles. Recordad lo bien que el vino el comienzo de las hostilidades para suspender los pagos y suprimir las cotizaciones.

Hoare - ¿Sís hábil pero ingenuo. No os dáis cuenta que Mussolini quiere constituir un Imperio?

Laval - Y ¿qué dá un Imperio más o menos?

Hoare - ¡Cómo!

Laval - Sir Samuel, ¿habéis leído "El Emperador Jones" del americano O'Neill?

Hoare - Yo no leo más que los autores ingleses, excepto la biblia.

Laval - Jones se nombró a sí mismo emperador y gobernó despóticamente en una isla de las Indias Occidentales...

Hoare - No debía ser nuestra.

Laval - ...hasta que el miedo lo perdió. Si conocierais como yó a Mussolini...

Hoare - Lo conozco bien: nos debe bastante plata.

Laval - Como os decía, el Jones aterrado lo matan sus mismos súbditos, perdido ya el miedo. Es una lástima que no hayáis leído esa obra antes de vuestros grandes discursos en la Liga de las Naciones.

Hoare - Os gustaron?

Laval - No eran malos; pero parecían más bien salmos para uso de comerciantes. Porqué os espinicéis tanto en leer la Biblia? Yo prefiero leer a Marx: lo encuentro más claro.

Hoare - ¡Qué horror! ¡A lo que os obliga vuestro pacto con Rusia!

Laval - "Mi pacto"?...Es obra de ese idiota asustadizo de Herriot. Por mi gusto, pactaría mejor con Hitler. No os parece más atinado?

Hoare - Es lo que decimos nosotros, los ingleses. De esa manera, nos dejaríais dormir tranquilos en nuestra isla. Francia padece, hacia el lado de Rhin, de delirio de persecuciones.

Laval - Y el 70? Y 1914?

Hoare - Vísas a decime que no hay dos sin tres?

Laval - Bien sabéis los justos temores de nuestros generales.

Hoare - M. Laval: qué sería de vuestros generales si tuvierais dos Españas a los costados? Se morirían de hambre. Ellos necesitan, para progresar, de una Alemania armada hasta los dientes.

Laval - Comprendo. Cuando hablo de pactos con Alemania me refiero a pactos políticos, solamente. ¡Calculad el desastre financiero que acarrearía a Francia, por ejemplo, la ruina del "Comité de Forges"!... Bueno... y de otras tantas industrias.

Hoare - ¡Claro! ¡Claro!

Laval - ¡Que zumbón estáis!

Hoare - De todos modos, nadie nos oye.

Laval - ¡Qué suerte la de haber escapado por un momento a las discusiones de la Asamblea de la Liga!

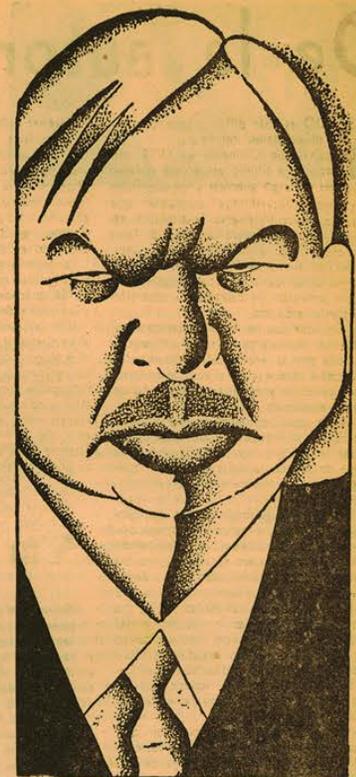
Hoare - Sobre todo ahora que debemos sepultar el hada de las sanciones. Confieso que tengo mis escrúpulos. Leeré antes unos versículos de la Biblia. Necesito tomar fuerzas.

Laval - Un poco de Borgogna? ... ¡Qué lástima! Ya no queda más en la botella.

Hoare - Traigo el discurso en el bolsillo, lo ha eprobado el Consejo Imperial. ¿Queréis que os lea un párrafo?

Laval - Lo conozco. Está hecho de acuerdo al borrador que les hemos mandado del Quai d'Orsay.

Hoare - Pero está escrito en inglés.



LAVAL por Gervasio

Laval - Es una lástima. Habrá perdido toda la gracia. ¡Cuan to daríais, Sir Samuel, por poder escribir discursos tan fuertes y pintorescos como los de Benito!

Hoare - Me cansan. Ya estamos hartos en Inglaterra de los discursos de Mussolini.

Laval - Me explico.

Hoare - Pero no por lo de ahora. Pensad en todos los discursos que le hemos pagado desde 1923 para asustar a Europa y evitar el avance del comunismo.

Laval - Podéis estar satisfechos: el nazismo es una fuerza indestructible en el interior de Alemania.

Hoare - Tengo la impresión de que hemos arrojado nuestras libras al Tánisis.

Laval - Lo decís por que Rusia reunirá un globo para sus propios fines la gritería de las pequeñas potencias?

Hoare - No: es un presentimiento.

Laval - Me parece que el whisky o los cuatro jinetes del apocalipsis os están jugando una mala pasada. Animados, que se acerca el momento de la Asamblea y debemos sostener que ahora estamos más en la razón que antes, que ésta es la mejor fórmula para alcanzar la paz y la justicia. Salgamos de este sótano.

Hoare - (Tomándolo por la manga) No podríamos arreglar este asunto en otra forma, sin repartir Etiopía?

Laval - No veo.

Hoare - Que por lo menos quedara a salvo el prestigio de Inglaterra.

Laval - ¡Como se reirían los japoneses si os oyeran!

Hoare - ¡Vayamos!

Laval - ¡Sálvese uno y los demás que revienten!

Luis Reissig

Cuadro sinóptico de la evolución de los conceptos «Pintura» y «Escultura»

Prehistoria

La pintura y la escultura tienen finalidades mágicas, de encantamiento, que son también utilitarias, por estar sin duda relacionadas con la propagación de la especie y con todos los problemas sociales, psicológicos y materiales de la colectividad. El elemento del placer visual es grande, pero no exclusivo. Todo es símbolo y representación, hasta las cosas que se podrían considerar como simplemente ornamentales, por ejemplo, las líneas ondulantes, que son representaciones de serpientes y de todas las ideas asociadas a esta representación.

Egipto Caldea (edad llamada arcaica) Edad Media

El arte al servicio de la religión ha cumplido el oficio de libro de los iletrados, mostrando en imágenes los textos sagrados. Respeto absoluto de la materia, que constituye la obra-piedra, el muro, el vidrio, el colorido, etc. y del oficio que lo espiritualiza. Lenguaje visual que procede por ritmos y relaciones muy precisas de volúmenes, formas y colores regidos probablemente, como la música, por leyes matemáticas. Trabajo anónimo del obrero al servicio de la colectividad.

Desde el Cubismo

Cézanne, Seurat, y después el Cubismo, representan el retorno al arte tradicional; revolución en el sentido de «volver hacia el punto de partida». Así como la imprenta, algunos siglos antes, había desligado la pintura y la escultura de los fines literarios, la fotografía en sus expresiones documentales, las desliga de sus fines imitativos.
EL ARTE VUELVE A CONVERTIRSE EN CREACION LIRICA Y POETICA.

P A R E N T E S I S

En Grecia, en la época llamada «clásica», se forma, como una consecuencia de las transformaciones sociales, un arte más individualista, de espiritualidad más elevada. De obreros anónimos que eran los pintores y los escultores se transforman en artistas —la palabra no existía, pero sí el concepto— que señalaban con orgullo los obreros. El diletantismo nace. Este estado de espíritu que se desarrolla en Grecia y en el Imperio Romano en los últimos tiempos del ideal de belleza física, que hacía que los cuerpos de mármol de los dioses fuesen pronto creados por el escultor, según normas precisas, que imitados de la naturaleza, desaparecen poco a poco hasta llegar a la copia pura y simple de un modelo, con todas sus propias particularidades individuales, y muere en el nacimiento del Cristianismo, el cual determina el retorno de la pintura y la escultura a su antiguo terreno tradicional de creación y no de imitación.

DESDE EL RENACIMIENTO HASTA CEZANNE.

Renacimiento del espíritu individualista, artista y diletante a pintura y la escultura ceden a la imprenta nuevamente una parte de sus fines literarios y colectivos. Formación de numerosas escuelas nacionales, regionales, personales. El hombre busca una respuesta a los grandes problemas que atormentan su espíritu, no en sus propios sueños e imaginaciones, sino en el estudio metódico de la naturaleza. La imitación de la realidad es de nuevo uno de los fines del arte. El hombre estudia la anatomía e inventa la perspectiva. Por primera vez el pintor se propone destruir la superficie plana del cuadro para hacer llegar al espectador la ilusión del espacio, de la profundidad. Este concepto del arte se desarrolla hasta el siglo XIX, en que el hombre llega al impresionismo.

L u i s F e r n á n d e z